

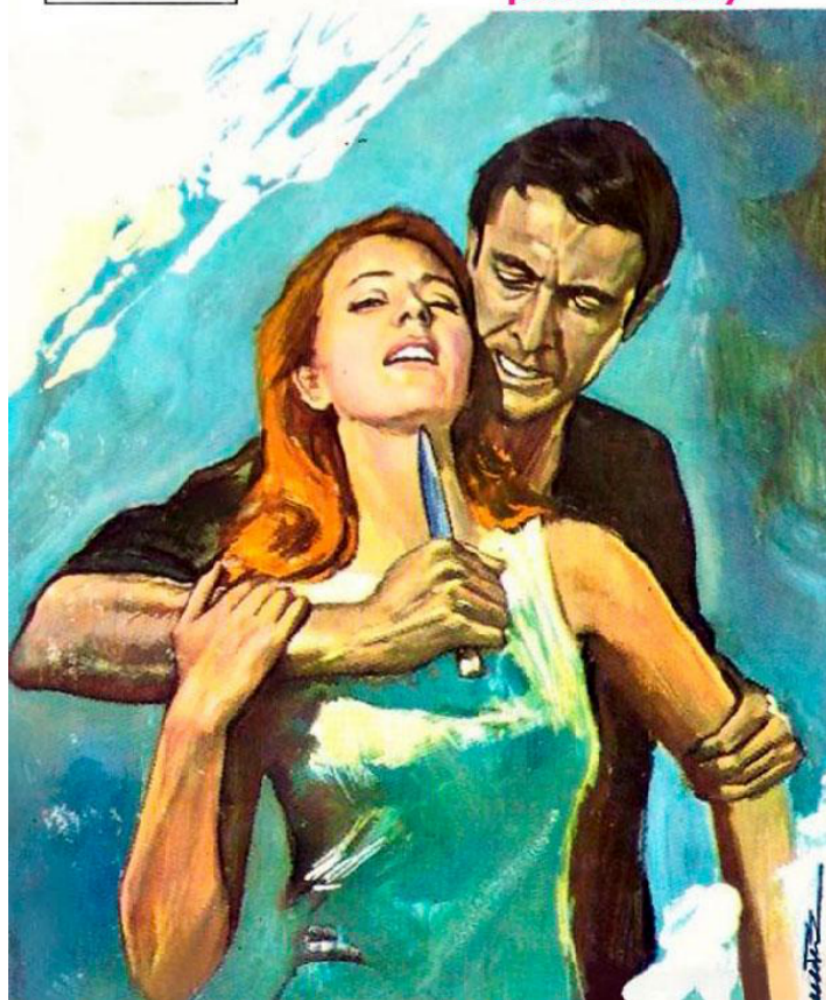
BOLSILIBROS  
BRUGUERA



SERIE  
**PUNTO  
ROJO**

# donde la ley no llega

peter debry





COLECCION

# PUNTO ROJO







PETER DEBRY

## **DONDE LA LEY NO LLEGA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 457

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES  
CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO**





Dépósito legal: B 44.015 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: enero, 1971

© PETER DEBRY, 1971  
sobre la parte literaria

© JORGE NUÑEZ, 1971  
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de Editorial Bruguera, S.A.  
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971





Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia





## **ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.159 — Pista para pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.065 — Rapiñadores del aire.

En Colección BÚFALO:

870 — Grabado al plomo.

En Colección CALIFORNIA:

714 — Dúo para sogá.

En Colección SALVAJE TEXAS:

614 — Legionarios del «Colt».

En Colección COLORADO:

462 — Telón de plomo.

En Colección PUNTO ROJO:

452 — Plomo para Karina.

En Colección ASES DEL OESTE:

374 — Mercenarios del plomo.

En Colección KANSAS:

640 — Lobos con espuelas.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

3 — La piel del cazador.



## CAPÍTULO PRIMERO

Los cuatro escaparates de la representación y venta de los coches «Alfa», en Buenos Aires, mostraban cuatro modelos lujosos, último tipo.

Al interior, el gerente de ventas acechaba con esperanza al elegante individuo que recién apeado de un taxi, estaba contemplando despaciosamente, uno a uno, los coches exhibidos.

Las ventas andaban flojas. Había crisis y una gran competencia de marcas rivales. El gerente acudió presuroso al encuentro del que acababa de entrar y que en español, matizado de peculiar acento yanqui, preguntó:

—¿Aquel modelo cuánto vale?

—Ocho mil dólares sin recargo al tratarse de divisas, señor. Es nuestro mejor modelo, dotado de cuanto pueda exigir el más sibarita de los entendidos. Si para el señor resulta más fácil, me honrará conversando en su idioma natal.

El norteamericano, un hombre de unos treinta y cinco años, replicó:

—En mis viajes prefiero practicar idiomas. Deseo probar este coche.

Apresuradamente llamó el gerente:

—¡Carlos!

Se acercó un joven, chófer de primera, probador piloto.

—Es nuestro mejor piloto, señor. Carlos, lleva al señor donde te ordene.

A la media hora regresaba el coche.

Apeándose, el norteamericano manifestó:

—Excelente. Pero encuentro algo excesivo el precio. Esta misma mañana he probado otros dos, un «De Soto» y un «Minerva», y francamente, aunque éste me gusta más, los precios de aquéllos son mejores.

—No quisiera perder un buen cliente y propagandista, señor...

—Milton Burns, agente de negocios.

—Sacrificaré mi comisión para un colega, señor Burns. El coche es suyo por siete mil quinientos.

—De acuerdo. Allá decimos que el comerciante que gana cero en una operación, añadirá un uno delante de los tres ceros, a la siguiente.

Milton Burns extrajo del bolsillo de su bien cortada chaqueta, un largo estuche de tafilete granate. Contenía un carnet de cheques y una estilográfica de jade y oro. El gerente, con disimulo, leyó el nombre del Banco: Travellers Bank, una entidad muy solvente que garantizaba todas las operaciones de los viajeros norteamericanos.

Milton Burns, firmó, arrancó la hojilla, y, entregándola al gerente, manifestó:

—Me alojo en el Astoria. Lleven allá el coche y la documentación. Muy buenos días.

A la una, el probador Carlos entregaba las llaves del coche y la documentación al propio Burns, ante el mostrador.

A las cuatro, el gerente se ponía al teléfono.

—Acabo de realizar una operación de compra, para mi legal, puesto que el vendedor me ha entregado la documentación de propiedad. Se trata de un «Alfa», nuevo, apenas con ochenta millas en el marcador. Yo estaba tomando café en el bar del Astoria, cuando oí decir que un americano, vendía su «Alfa» por cuatro mil dólares. Los he pagado...

—¡Cielo santo! —gimió el gerente—. ¡Le han timado, señor!

—Tengo los documentos de propiedad, y...

—¡Pero yo acepté un cheque! Eran las doce, y hoy es sábado. Los Bancos cerrados. ¡Está claro! Me ha dado un cheque sin fondos...

—Ya me temía yo algo parecido. Me extrañaba pagar cuatro mil por lo que vale ocho. Creí que era un americano extravagante. Oiga, yo he ido de buena fe...

—Así me consta, y gracias, señor. Voy al instante al Astoria.

A las cuatro y quince, el sudoroso gerente, podía ser recibido por el huésped de la habitación número 16.

Milton Burns, en batín, estaba escribiendo un cablegrama. Dijo:

—Siéntese, por favor, un instante.

Terminó de escribir el texto en rápidas y precisas mayúsculas, y encapuchando la estilográfica, invitó:

—Usted dirá.

—Es molesto para mí, señor, pero la casa me ha pedido garantías del cheque. Usted no ignorará que lo firmó al mediodía, hoy sábado, y los Bancos cierran a esta hora.

—Muy bien, ¿y qué quiere que haga yo?

—Me bastará el nombre de algún comerciante solvente que le garantice.

—No conozco a ninguno en Buenos Aires, aparte de usted.

Había una leve ironía en el semblante duro del rubio yanqui. El gerente trató de dominar su nerviosismo, y continuar siendo diplomático, aunque a cada segundo que pasaba estaba más convencido de hallarse ante un timador internacional.

—¿Puedo solicitar por radiograma informes comerciales en su ciudad de residencia?

—Mi residencia es el mundo.

—Pero en el Banco de su ciudad natal...

—Abandoné California cuando tenía once años.

—¡En fin! ¿Nadie puede garantizarle?

—Mi cheque es suficiente garantía.

—Hasta el lunes no puedo comprobarlo.

—No haberlo aceptado, si después le acometen sospechas.

—Usted ha vendido este coche que ajustó en siete mil quinientos, a cuatro mil.

—Soy libre de disponer de mis bienes, señor. Y creo que hemos hablado bastante.

Mañana he de partir hacia Europa...

—¡Ah, no, ah, no! —protestó ya sulfurado el gerente, ante lo que estimaba el colmo de la desfachatez—. Usted no se va hasta que quede aclarado este asunto.

—No se acalore, y atienda un consejo. Váyase, y daré por olvidado este comportamiento insultante.

—¡Exigiré!... ¡Presentaré denuncia!...

—Cuidado, amigo.

—¡Ni amigo ni cuidado! Ahora mismo voy a llamar al comisario Berjillo, de la Brigada Social.

—Usted es muy libre de llamar a quien se le antoje.

El gerente abandonó la antesala de la alcoba, furioso. En el pasillo, advirtió a un camarero:

—Llame al detective del hotel, y que bajo ningún pretexto salga del 16 el americano. ¡Es un estafador!

A las cinco, el comisario Berjillo llamaba al número 16. Milton Burns en batín, seguía escribiendo cablegramas.

—Buenas tardes. Hay una denuncia contra usted. Le ruego aporte garantías a su cheque. Soy el comisario Berjillo, de la Social.

—Firmé un cheque y basta.

—Esta actitud no le favorece. Me veré precisado a atender la demanda del denunciante, y retenerle en el hotel, hasta el lunes.

—Escuche, comisario, yo no quiero perjudicar a un imbécil. Mañana he de tomar el avión para Madrid, donde el lunes por la noche celebraré una entrevista con un posible comprador de una patente. El miércoles, tengo que estar en Bruselas, para tratar de la compra de un guion cinematográfico. El viernes, he de estar en Londres, para ultimar...

—Resuelva primero este incidente. Abone en metálico el importe del cheque.

—Di un cheque, por serme más cómoda la operación, así.

—Lo siento, pero no podrá usted abandonar sus habitaciones.

—Por última vez, le indico tome en consideración que si no salgo mañana, mis negocios en Madrid, Bruselas y Londres pueden fracasar, porque son realizables a fecha fija. Si me impiden tomar el avión mañana, reclamaré daños y perjuicios, querellándome por calumnia...

—Bien, bien —dijo, irónicamente, el comisario—. El lunes tendrá usted tiempo de querellarse con quien se le antoje.

El lunes, a las nueve de la mañana, apenas se abrieron las ventanillas de caja, el gerente, acompañado del comisario Berjillo, presentó el cheque al cobro.

Pasaron cinco, diez, quince minutos, y por fin, un cajero pronunció el número del cheque, firmado por Milton Burns. Iba contando fajos de billetes. El gerente, pálido, murmuró:

—¿Me lo va... a hacer efectivo?

El cajero pestañeó:

—Cosa rara, caballero. Parece usted contrariado por cobrar siete mil quinientos dólares.

En el Banco, el viernes anterior, Milton Burns había depositado diez mil dólares abriendo cuenta corriente. En sus habitaciones, Milton Burns vio aparecer un contrito gerente, que suplicó:

—Mis más rendidas excusas, señor. Yo le pido mil perdones.

Milton Burns señaló a un individuo sentado tras una mesa, en la antesala.

—Entiéndase con el letrado que me representa. Posee todos los informes necesarios, y la demanda por un millón, en concepto de daños y perjuicios. Otro millón por descrédito comercial, calumnia injuriosa, mala fe y retención ilegal.

La patente era invendible, pero había un capitalista madrileño dispuesto a tratar el lunes por la noche en el Palace, con el corresponsal Milton Burns. En Bruselas, un productor dispuesto a ordenar la primera vuelta de manivela, había aceptado recibir el miércoles a Milton Burns, para tratar de la adquisición de un guion, que no leería hasta el sábado. En Londres, una firma de exportación, estudiaría el presupuesto presentado por Milton Burns, antes de firmar un contrato con otro representante de conservas californianas. Pero todo esto sólo lo sabía Burns.

El Tribunal de Comercio sentenció debiendo inclinarse ante el texto de los artículos citados por el defensor de Milton Burns, demandante. La casa Alfa pagó un millón doscientos cuarenta y dos dólares con diez centavos.

El comisario Berjillo estaba en el aeródromo, en el bar, media hora antes de que el avión despegase hacia Panamá, y entre cuyos pasajeros figuraba Milton Burns.

Le saludó ceñudo, para decirle:

—El tribunal está plenamente convencido que usted obró calculadamente para producir en el ánimo del infortunado gerente la impresión de que se hallaba ante un timador. Pero legalmente usted ha ganado. Un timo perfectamente planeado, Milton Burns. Pero escúcheme bien... El gerente se ha suicidado, en un ataque de nervios, al ser despedido. Tiene usted suerte. Yo, si hubiera sido el gerente, le hubiese primero propinado la más monumental de las palizas, Burns. No podrá repetir este timo en ninguna ciudad del mundo, porque he hecho imprimir el relato minucioso de este timo, con su foto, y el impreso será enviado a todas las comisarías del mundo, para que si algún comerciante presenta denuncia contra un

cheque firmado en sábado a las doce, por mercancías revendidas a bajo precio por la tarde, sepan ya lo que han de hacer con usted.

Milton Burns terminó de beber su *whisky* doble.

—Y su ingenio, de emplearlo en mejores usos, le valdría tranquilas ganancias. Pero atienda bien, Milton Burns; usted está marcado con el estigma del crimen. Puede reírse... Ya sé, yo para usted soy un policía de pega, un comisario de tango. Pero recuérdelo cuando vaya a la silla eléctrica, a la horca o al garrote. Usted tiene pocos meses de vida. Morirá como merece. Adiós. ¡Y mal viaje!

Milton Burns se limitó a sacudir de su hombro una inexistente mota de polvo empleando el índice y el pulgar.

Poco después, el avión remontaba el espacio, rumbo a Panamá. Milton Burns planeó otro golpe magnífico en Caracas, a los dos meses de su salida de Buenos Aires.

Todo estaba estudiado hasta en el menor detalle. Milton Burns hubiese podido ser profesor de psicología porque sabía cómo reaccionaría un ser humano normal ante determinadas circunstancias.

Pero le falló el estudio psicológico de la reacción del español llamado Álvaro Patiño, que tenía un bien montado negocio de conservería en La Guaira.

Patiño nació en una aldea de Pontevedra, hablaba suave y parecía casi acobardado ante el elegante yanqui. Pero Patiño, cuando se dio cuenta que iba a perder unos centenares de miles de bolívares, ahorrados con muchos sudores y sacrificios, perdió toda suavidad, convirtiéndose en un fiero energúmeno, tanto más furioso cuanto más comprendía que por vía legal nada podía obtener.

La entrevista borrascosa en la que el gallego echó en cara al estafador su indignación, tenía lugar en uno de los secaderos de la factoría.

Milton Burns viose por vez primera ante la inminencia de una muerte brutal. Los dos puñetazos primeros le entontecieron, pero Patiño resbaló en escamas del suelo, al arrojarse sobre su antagonista.

Al alcance de la mano de Burns había un mango de herramienta. Lo asió, golpeando en la frente al que, restablecido el equilibrio, avanzaba los dos puños.

La brecha sangrienta que surcó la cara de Patiño devolvió toda la sangre fría a Burns. Miró la herramienta que empuñaba. Era un hacha, y a sus pies, Álvaro Patiño yacía inerte, sin respirar.

Milton Burns, con su pañuelo, limpió el mango, frotando vigorosamente. Abandonó la factoría, convencido de no haber sido visto por nadie. Si huía, se denunciaría a sí mismo.

No volvió al hotel, en espera de la edición nocturna de la Prensa. En un café leyó que Álvaro Patiño, antes de morir, describió a su asesino.

Milton Burns atravesó a lomos de caballo la frontera venezolana con Colombia, y logró embarcar en un barco que, atravesando el istmo de Panamá, rendía viaje en los Keys, la cadena de islotes al sur de la península del estado de Florida.

Y Milton Burns determinó que Miami, la opulenta ciudad playera de Florida, podía ser un buen campo de acción. Los rascacielos, de un blancor agresivo, alojaban numerosos ricachones dedicados en sus vacaciones de reposo, a apostar en las carreras de caballos, lebreles y coches.

En el Tropical Park, en el exótico marco de las palmeras reales, los macizos de flores, los estanques con el zancudo flamenco rosa y el negro cisne, Milton Burns comprobó también que si en Miami abundaba el dinero, abundaba un eficaz e inteligente servicio policial.

No eran policías del tipo clásico, sino de la mejor escuela metropolitana y del Federal Bureau of Investigation. Algunos parecían cándidos burgueses tenderos, otros agentes eran llamativas modelos de casas de moda, y aquella red protectora formaba una malla legal muy difícil de atravesar.

El cerebro de Milton Burns empezó a buscar algo que le evitase el menor contacto con los agentes que podrían relacionarle con un asesinato en La Guaira... y se cumpliese el agorero destino profetizado por un comisario de negro cabello, allá en Buenos Aires.

Pero los días y las noches pasaban sin que Milton Burns hallase algo positivo.

## CAPÍTULO II

El mejor clima de los estados, como pregonaban los periódicos de Florida tenía también sus caprichos. Y en Miami, la lluvia al atardecer tenía melancolía. Era un simple contratiempo pasajero, según el espíritu de quien la observaba.

Myriam Vandorf tenía un piso alquilado por años enteros en Miami, aunque sólo lo ocupaba dos o tres meses y en breves estancias. Estaba mirando a través de los cristales como la lluvia fluía mansa y constante, inundando jardines y calles, y convirtiendo el azul intenso del mar en un gris sucio, tristón.

Myriam Vandorf llegaba a sus veinticuatro años, no habiendo nunca conocido la menor contrariedad. Rica por herencia, amante de todos los lujos, hermosísima, estaba ahora asimilando la primera vejación, tanto más humillante cuanto que hasta entonces sólo había sido obsequiosamente reverenciada por cuantos vivían de vender y comerciar.

A su lado estaba un individuo, que hasta entonces había sido la personificación de la humildad admirativa. Era el administrador del rascacielos, donde se alojaban doscientos inquilinos.

Y su tono era seco, como si se vengara de anteriores servilismos:

—Mi muy querida señorita Vandorf, cuando no se puede pagar, hay que acomodarse a los medios que uno tiene. Es la tercera vez que le presento el recibo del alquiler, y obtengo promesas, pero nada efectivo. Estamos en plena temporada, y este piso está solicitadísimo.

—Me está usted asqueando.

La réplica orgullosa exasperó al administrador:

—Ha ido usted vendiendo sus joyas y nadie ignora que se ha comido hasta el último centavo de los capitales que acumuló su dignísimo padre en Boston. Ha querido usted vivir como siempre, sin darse cuenta que ya se acabó su fortuna, mi orgullosa señorita.

Mañana finalizará el plazo legal, y pague o abandone el piso dejando en él los restos de su equipaje. He tenido paciencia tres meses. Ya se acabó toda contemplación.

—Salga de aquí. Usted mismo admite que hasta mañana por la noche tengo tiempo para liquidarle esta bagatela.

—¡Menos presumir! Esa bagatela son tres mil dólares y no tiene usted ni para comprar un paquete de cigarrillos.

Myriam Vandorf agitó los largos cabellos rubios, y adelantó las dos manos engarfiadas, cuyas uñas hicieron retroceder al administrador, que ya en la puerta exclamó:

—¡Mañana, fuera de aquí!

A solas Myriam Vandorf volvió a contemplar la lluvia monótona. En Miami había centenares de chicas como ella, bonitas, seductoras, elegantes y no aventureras, porque muchas eran ricas herederas, y algunas poseían un nombre digno, sin fortuna... como ella.

Y los millonarios no acudían a Miami para casarse, sino que, todo lo contrario, desconfiaban de la más hermosa mujer. Además, ella tenía orgullos especiales. Era incapaz de pedir prestado ni de insinuarse con ningún hombre.

Pero quería seguir viviendo lujosamente, respetada, pudiendo comprar lo que se le antojase, y ver sonreír respetuosos a los comerciantes.

Crispó los puños. Necesitaba dinero y lo obtendría. Se tendió en un diván, cruzó las magníficas piernas y hora tras hora fue meditando en todas las posibilidades de obtener dinero en cantidad y sin humillarse.

En los ceniceros iban acumulándose colillas. Por fin, cuando se levantó para abrir los ventanales y despejar el aire enrarecido, una bocanada de aire fresco, bienoliente a flor mojada y tierra húmeda, le acarició el bonito semblante de grandes ojos azules.

Miami brillaba con los millares de luces, y en el tachonado cielo las estrellas guiñaban investigadoras, cortejando una luna redonda, bonachona.

Myriam Vandorf estaba maravillada, porque su imaginación acababa de revelarles un tesoro. El pensamiento encauzado por senderos de astucia era una fortuna.

Se sentó ante la coqueta, donde los productos Max Factor, Elizabeth Arden y Ward se alineaban en sus respectivos estuches.

Era lo último que conservaba, aparte de dos maletas con vestidos de grandes firmas. Y un anillo que no quería vender, porque tenía la creencia de que era como un talismán.

Un anillo de triple cerco de platino, engarzando dos perlas purísimas y un granate anaranjado, obsequio de su padre al cumplir ella los veintiún años, poco tiempo antes de que falleciera de colapso cardíaco.

Se miró al espejo y dio vuelta al anillo. Sólo quedaba visible el triple cerco de platino, que ahora parecía así una alianza.

«Tus cabellos, tus ojos y tus labios, Myriam...», se habló.

Elegió una botellita en un estuche. Contenía un tinte caoba oscuro, especial, que había empleado alguna noche para que avalorase cierto modelo de traje nocturno.

Elegió un lápiz de labios, perfilador, y probó distintos maquillajes. Sí, aquel trazo le cambiaba totalmente el dibujo facial, aplicando el leve toque sonrosado en las mejillas a lo alto de los pómulos.

El rasgo acentuado hacia las sienes de las cejas acababa de cambiar su semblante. Era prodigioso lo que se podía hacer conociendo todos los recursos del maquillaje, pero quedaba algo delator.

La azulada anchura de los ojos. Volvió al diván, fumó siete cigarrillos consecutivos, y al final se levantó triunfante.

Recordaba a la que siendo miope, deseaba dejar de serlo, sin llevar gafas. Había comprado lentes invisibles. Dos medias lunas de tenue cristal, colocadas bajo los párpados. Y aquellas medias lunas no eran caras. Podían adquirirse en cualquier óptico. Las había cubiertas de un baño negro, que sólo tenían el inconveniente de sombrear las pupilas.

El último inconveniente era que Myriam Vandorf no podía salir transformada en otra muy distinta de alojamiento, donde ya empezaban a cuchichear al veri:

Durmió sobresaltada, encendiendo la lamparilla cuantas veces en su semivigilia se le ocurría un detalle más. Al amanecer, su proyecto era un prodigio de perfección infalible.

Llamó por teléfono al administrador, diciéndole secamente:

—Telegrafíé a unos amigos, y esta misma noche le pagaré dos años. Y usted me dará toda clase de satisfacciones por su grosero

comportamiento de ayer.

El administrador prefirió limitarse a contestar:

—Servidor, señorita Vandorf.

A las once de la mañana, Myriam Vandorf había entrado en una tienda de óptica, eligiendo lentes invisibles de las más negras. Pagándolas, le quedaban aún doce dólares con veinte centavos.

Llevaba un traje sastre azul, blusa blanca y sandalias que hacían palidecer de envidia a las elegantes, porque no las habían visto en ningún zapatero. Un modelo especial, único.

Algún que otro paseante contemplaba con deleite de embeleso el paso decidido de aquella espléndida rubia distinguida, racialmente aristócrata.

Myriam Vandorf llevaba el saco de blanca lona con áncora azul, que solía contener cuanto precisaba para bañarse.

A las once y media alquilaba una caseta al exterior de Miami ciudad. Eran útiles aquellas casetas que ahorran empleados. Se abrían al depositar en una ranura un dólar. El interior era confortable, y la caseta se rodeaba de un discreto emparrado. Pocos clientes tenía a una hora como aquélla, considerada plena madrugada para los noctámbulos en que se convertían cuántos acudían a Miami.

En el interior de la caseta, cuyo dólar le daba derecho a ocuparlo ocho horas, Myriam Vandorf fue transformándose. El cabello caoba, con el tinte rápido; labios, pómulos y cejas quedaron diferentes, con ayuda de color y lápiz, así como los párpados.

La colocación de los lentes bajo el párpado superior era algo desagradable y obligaba a una fijación de órbita, que casi suprimía el pestañeo. El folleto de uso recomendaba no conservar aquellos lentes al principio más de dos horas.

Del saco extrajo unos zapatos de medio tacón, unas medias cuyo color engrosaba sus piernas, una falda gris, blusa naranja, una chaqueta de punto y una bandolera de piel de cocodrilo que también era motivo de envidia.

Abandonó la caseta. La desierta playa rumoreaba bajo el sol, besada por un mar plácido, que se desflecaba con cansancio en blanca espuma.

Un autocar del servicio que cada dos minutos pasaba la recogió, y poco después, Myriam Vandorf paseaba por las grandes avenidas,

deteniéndose ante sombreados escaparates.

Por fin, a las doce y cuarenta entró en la joyería Simpson, cuyo interior tenía una sobriedad impresionante. Los vendedores con corbata plastrón, chaqueta negra, pantalón a rayas y charol en los pies hubieran podido pasar por plenipotenciarios en la Embajada más estrictamente rigurosa.

Myriam Vandorf sabía comprar. Tenía ese indefinible don de seguridad en sí misma, que sólo posee la cliente muy acostumbrada a elegir con acierto.

Se aproximó a una larga mesa, de patas torneadas, que soportaban una cristalera donde se transparentaban sobre un lecho de negro terciopelo, joyas masculinas: gemelos, pitilleras, encendedores, relojes. No abundaban. Había sólo cuatro juegos completos.

Myriam Vandorf señaló la parte izquierda, al silencioso vendedor, que sólo había inclinado respetuosamente la cabeza al entrar ella.

El silencio era uno de los consejos primordiales de la casa Simpson a sus empleados noveles. Silencio hasta que el cliente abra la boca.

El empleado retiró con hábil presteza la bandeja disimulada, que al salir fuera del cristal mostró la pitillera, el encendedor, unos gemelos y el reloj con un sencillo dibujo ornamental, que había sido la pesadilla de numerosos dibujantes y orfebres antes de culminar en una feliz terminación.

Myriam Vandorf se limitó a sacar de su bolso un librito de cantos dorados del que quitó el pequeño lápiz sujetador, y preguntó:

—¿Cuánto?

—Veinte mil, señora.

—Encargue que sea colocado en un estuche como aquél.

Señaló un cofrecito de madera de sándalo y cedro.

El dependiente saludó con sincero respeto. El estuche valía...

—¿Cuánto?

—Mil, señora.

Ella anotó la segunda cifra bajo la primera. Interrogó:

—He de renovar un servicio de mesa, pero no creo tengan lo que preciso.

—La señora me hará el honor de indicarme su preferencia.

—El resto es del catálogo de Cartier. Lo adquiriré en Los Ángeles. Estaba numerado como Boldini.

—Si la señora nos da unos días, puedo tomar nota. Ruego a la señora se digne precederme al salón, mientras ordeno al dibujante se ponga a la orden de la señora.

En el salón, un dibujante fue tomando notas en rápidos rasgos. El dependiente apareció para afirmar:

—La señora tiene nuestra formal promesa de que le remitiremos este servicio exactamente el viernes, a la hora que la señora elija.

—Bien. Muéstreme su existencia en diamantes tabla y en diamantes rosa. Necesito cuatro para completar un aderezo.

Una bandeja de fondo oscuro hizo resaltar las irisaciones de diamantes labrados por la haz en plano, alrededor con cuatro biseles y dos planos por el envés.

Los gestos del dependiente eran místicos al aplicar la varilla que iba haciendo girar las piedras sueltas.

Indicó ella un tamaño, hablando en términos pura mente técnicos. El dependiente apartó los cuatro requeridos.

—¿Cuánto?

—Ocho mil el tabla, cuatro mil cada rosa, formando un total de veinte mil.

Lo volvió a anotar en la libretita y trazó una raya, sumando.

—Cuarenta y un mil, señora —dijo el dependiente.

—A las tres y media mi marido empieza su consulta y habremos ya regresado del baño.

Procure no retrasar la entrega porque la consulta empieza a las tres y media.

—Sin falta, señora. Será un honor para mi llevar sus adquisiciones personalmente.

Y lápiz en alto, el dependiente esperó la dirección:

—Everglade, 1453, sexto B. Doctor Brooks, Orlando Brooks. A las tres y media en punto.

—Sin falta, señora. Muy agradecido, señora.

Ya en la calle, Myriam Vandorf llamó a un taxi, y poco después estaba de nuevo en la caseta. Tomó el sol de busto para abajo resguardada la cara por amplia sombrilla.

Cuando el reloj de pared del bar central señaló las dos y media

regresó a su caseta, quitándose el traje de baño, y volvió a colocarse los lentes que sombreaban sus pupilas, convirtiéndolas en densamente oscuras, muy distintas al claro azul legítimo.

A las tres y cinco minutos llamaba al timbre del sexto piso, departamento B, del rascacielos de la avenida Everglade, 1453.

La puerta se abrió automáticamente y ella avanza hasta el fondo. Tras de una mesa, había una mujer vestida de blanco, que pulsó el botón que volvía a cerrar la puerta.

No había nadie más en la sala de espera.

—Buenas tardes —saludó Myriam Vandomf.

—La consulta empieza a las tres y media, señora.

—Lo sé. Pero es un caso urgente. Mi marido llegará a las tres y media en punto. Le he dado cita aquí, y él ignora que es la consulta del doctor Brooks. Desearía hablar privadamente con el doctor. Se lo ruego.

La secretaria enfermera regresó al poco tiempo.

—Puede usted pasar. El doctor la recibirá.

En el despacho, el doctor Orlando Brooks, reputado neurólogo, se puso en pie al entrar Myriam Vandomf.

—Siéntese, señora. Usted dirá.

—Es un asunto delicado, doctor.

—Los que trato son delicados, señora. Hábleme con toda confianza, sin reservas.

—Mi pobre marido sufre alucinaciones. No pretendo que esté loco, ni mucho menos, doctor.

—Mis pacientes no son locos, señora. Son generalmente organismos delicados. Prosiga. ¿Cuándo apreció usted la primera alucinación padecida por su marido?

—Fue en Nueva Orleans, donde residimos. Tiene negocios, trabaja en exceso. Conseguí que viniese conmigo a Miami, pero a los tres días volvió a cometer una rareza.

—¿De qué índole?

—A un desconocido lo abordó en la calle diciéndole que las letras que había girado habían sido protestadas. El desconocido creyó en una embriaguez de mi marido. Me costó mucho convencer a mi marido para que siguiera caminando.

—Ya. Un exceso de trabajo, una confusión mental. ¿Qué más alucinaciones sufre su marido?

—Compulsa después de comer cientos de facturas atrasadas. Las quiere presentar al camarero que nos sirve, al chófer... —y Myriam Vandorf hizo un patético gesto de estremecerse—. Tengo miedo, doctor, de que mi John...

—No se inquiete. Es un caso sencillo. No es el primer hombre de negocios saturado de números.

—Yo le he citado a las tres y media en punto aquí. No deseo que se dé cuenta que usted es un doctor psiquiatra.

—Neurólogo, señora, muy distinto a psiquiatra. Los síntomas que yo pretendo sanar no son del terreno psiquiátrico, sino más bien desórdenes nerviosos, fáciles de curar con tratamientos sencillos.

—Es que si él se da cuenta...

—Basta que le diga que yo soy un amigo.

—Me mortificará presenciar...

—No hace ninguna falta, señora, ninguna falta que esté presente. Espere en la sala. Cuando llegue su marido, usted misma abra la puerta y déjeme a solas con él.

Myriam Vandorf, a las tres y media, al oír el timbrazo, se levantó. La puerta se abrió y estaba ella ya en el dintel.

El de la joyería saludó reverente. Ella cogió de sus manos el paquetito, diciendo:

—Pase usted. Mi marido le está esperando.

Le condujo al despacho, donde el doctor, sonriendo amablemente, avanzó tendiendo la diestra:

—Celebro conocerle.

El dependiente, extrañado de tanta llaneza en un reputado médico, que tenía que pagarle cuarenta y un mil dólares por adquisiciones de su esposa, sonrió maquinalmente. Myriam Vandorf cerró la puerta, comentando con la secretaria:

—Es horrible, horrible.

—No se preocupe, señora, que el doctor curará a su marido.

—Voy a avisar a mis padres, que por fin mi pobre John está ya atendido por el mejor especialista de Miami. Ellos creían que me sería imposible conseguir que John visitase al doctor.

Se fue. Mientras, en el despacho, el dependiente extrajo de su cartera una factura dibujada con letras doradas sobre pergamino rosa.

—Supongo que su señora esposa le habrá informado del montante de esta factura.

—Sí, sí, cómo no...

—Cuarenta y un mil dólares. Una buena inversión, porque el platino y los cuatro diamantes son siempre joyas de las que llamamos de interés duplicado.

—De acuerdo. Y dígame, ¿no percibe usted un cierto calor?

—En absoluto. Muy amable. Diría más bien que hace fresco, seguramente por refrigeración indirecta.

—Exacto —dijo el médico, con la misma benevolencia, mirando con fijeza las pupilas del dependiente, que empezaba a sentirse molesto. Pensaba que los médicos de enfermedades nerviosas, siempre pueden contagiarse de las manías de sus clientes—. Exacto, exacto. Estoy convencido de que usted al bañarse en el mar, percibe una sensación de cansancio, de físico agotamiento.

El dependiente rió respetuosamente:

—Me encuentro muy fuerte.

—Eso siempre nos lo creemos, pero usted tiene la pupila dilatada, síntoma de cansancio evidente, de fatiga intelectual.

—Es posible, doctor, es posible. Me perdonará, pero he de estar a las cuatro en mi trabajo.

—No urge. Póngase cómodo y dígame: ¿qué método de trabajo y horario lleva usted en Nueva Orleans?

—¿Nueva Orleans? Nunca he estado en Nueva Orleans.

—Vamos, vamos... Su esposa...

—Soy soltero, doctor. Usted me confunde con otro. Yo soy empleado de la casa Simpson, donde esta mañana, hacia la una, su esposa compró por valor de cuarenta y un mil dólares.

—Mi esposa está en las Bermudas, en casa de sus tíos.

—Perdone, doctor que le contradiga, pero su esposa acaba de recibirme ahora mismo, y usted la vio perfectamente.

—No es mi esposa. Es la esposa de usted.

—¡Oiga, doctor! —exclamó sulfurado el dependiente—. Permítame protestar por lo que considero una broma inadecuada.

—Está usted transpirando.

—¡No voy a sudar! Me trata usted como si yo fuera un demente.

—No diré tanto, pero sí que debe usted someterse a un tratamiento enérgico y sin perder un instante.

El dependiente se puso en pie, esponjándose el sudor frontal:

—Tal vez el tratamiento le sentaría mejor a usted, doctor. Ponga su firma aquí, en esta factura, y no le tendré en cuenta esta broma poco digna que está usted verificando con un pobre empleado.

—Pero ¡hombre de Dios! Usted es John...

—¿John? Me llamo Adams, Franklin Adams. Telefónee a la joyería Simpson, hágame el favor... No me saque de quicio, doctor; hágame el favor de telefonar a la joyería Simpson.

Impresionado a su pesar, aunque muchos de sus pacientes ostentaban la misma sinceridad vehemente, el doctor marcó el número que indicaba el dependiente:

—¿Joyería Simpson? Al habla, aquí el doctor Brooks.

A los cinco minutos, el doctor Brooks imprecaba, maldecía y sudaba. El dependiente describía a un inspector de la Brigada Social y Mundana, los cabellos caoba, los negros ojos, la boca gruesa, las cejas orientales y las amplias caderas de la timadora de busto generoso.

La cual hacía ya largo rato que tras subir a un taxi en la misma avenida Everglade había se apeado ante la puerta principal del hipódromo de Hialeah.

En el campo de carreras de Hialeah, el público jaleaba a sus respectivos favoritos en la carrera de trotones.

Myriam Vandorf, con gafas de sol, se acercó a uno de los diversos «salvavidas», llamados así porque prestaban en el acto dinero contante a los perdedores que en garantía dejaban objetos valiosos, principalmente relojes, anillos, pendientes...

Había elegido a Sammy Wilder, un bondadoso judío, que sufría escalofríos viendo a los jugadores depositar alegremente billetes en las taquillas de apuestas.

—A sus órdenes, señora —dijo el judío, tras mirar en la mano femenina el aro de platino.

—Tengo aquí, en el bolso, un regalo que compré hace unos instantes porque hoy es el cumpleaños de mi marido. Guárdelo un momento, y al terminar las carreras iremos a mi hotel. He perdido ya veinte mil, y en el palco una amiga mía me ha dicho que usted ayuda a los jugadores por un tanto de interés moderado.

Sammy Wilder miró el cofrecito de sándalo y cedro, con su juego de platino.

—Un obsequio precioso, señora, que acredita un gusto refinado. Su marido estará contento. ¿Cuánto desea usted al diez por ciento?

—Me bastarán quince mil.

—¡Por Jehová, señora! ¡Quince mil!

—Me ha costado, hace apenas una hora, veintiún mil.

—No es el valor el que discuto, señora, sino que en un instante puede usted perder quince mil más.

—Quiero dinero y no buenos consejos —replicó ella, con soberbia.

«Quince mil son mil quinientos en poco tiempo —habló el segundo yo de Sammy Wilder—. Una caprichosa locuela, endemoniada por el juego. Si fuera mi hija, ya iba yo a darle con una buena vara».

Pero sus labios de prestamista dijeron:

—No se enoje, señora.

Y sacando su cartera, fue contando billetes, que iba colocando en la diestra de Myriam Vandorf.

Recibió el cofrecito, que colocó en un amplio bolsillo interior.

—¿Su hotel, señora?

—El Sunbeam. Y deme un consejo: para la cuarta carrera, ¿cuál es su favorito? «Rayo Texas» y «Kid Kay» son los que más me gustan.

—Personalmente, aconsejo «*Lady La*», señora.

Sammy Wilder, en la cuarta carrera, vio cómo «*Lady La*» llegaba triunfadora. Pagaban a dos por uno, pero había sido ganancia segura. Miró su reloj y empezó a buscar a la opulenta caoba.

La buscó en vano y también inútilmente la describió al gerente del hotel Sunbeam. Y fue cuando empezó a pensar que en aquella tarde de carreras, el único que había perdido dinero era Sammy Wilder.

En la caseta de la playa, Myriam Vandorf, al quitarse la falda, desabrochó la faja con rellenos y el sostén de goma que duplicaba su seno natural.

Se lavó el cabello y la cara, rompiendo en trocitos los lentes invisibles. Los restos de cuánto componía su atavío de fingida esposa del doctor Brooks quedaron dentro del saco, en cuyo interior dos gruesas piedras, lastrando, depositaron el saco y su contenido en el fondo del mar, al bañarse la legítima Myriam Vandorf.

Poco después abandonaba la caseta, vestida de azul y blusa rayada, esplendorosa rubia de ojos azules, esbelta, deportiva y decidida.

Los cuatro diamantes los vendería en Europa. Tenía ahora quince mil dólares. Al llegar a su piso, llamó por teléfono al casero.

Había colocado los billetes que adeudaba sobre una mesita. Al entrar el administrador de la finca, le señaló la mesita.

—Cobre, buen hombre. Y ahórreme sus babosas excusas. No permaneceré un solo día más en donde he sido ofendida y escribiré al dueño para que sepa que le conviene despedir a un grosero. Además, también advertiré a todas mis amistades, les explicaré lo sucedido. Una buena propaganda. ¡Fuera de aquí!

El casero, lívido, recogió los billetes y dejó sobre la mesita el recibo. Murmuró:

—Sírvase perdonarme, señorita. Si perdiese mi cargo...

—Antes de ofender, hay que pensarlo, buen hombre. Largo, váyase. Me asquea su presencia.

Por la noche, cenando, Myriam Vandorf leyó cuántos reportajes hacían referencia al doctor Brooks y al prestamista Wilder, así como la detallada descripción física de la timadora.

Encendió con deleite un cigarrillo. Se sentía plenamente triunfadora.

## CAPÍTULO III

El empleado de la agencia de viajes podía explicar en siete idiomas las ventajas de los más alejados y placenteros paisajes, pero su especialidad radicaba en aconsejar el medio más cómodo para trasladarse desde Miami a cualquier punto del universo.

Acababa de atender a Myriam Vandorf, que en breves instantes quedó provista del pasaje para Suiza, por vía aérea, en cómodas escalas.

Examinó ahora respetuosamente al sobrio y distinguido Milton Burns, que colocó sobre el mostrador su pasaporte abierto por la hoja donde estaba su fotografía. Había un billete de cien dólares.

—Una elemental discreción me impide hacerle preguntas directas, pero posiblemente usted puede facilitarme el mismo pasaje que a la señorita que nos ha complacido visualmente ahora mismo.

El empleado dio una cabezada de asentimiento. Milton Burns prosiguió:

—El asiento contiguo y las mismas escalas, se lo ruego. Acepte este modo de invitarle a unos aperitivos, que desgraciadamente no podemos tomar amigablemente.

El manicurado índice de Burns empujó suavemente el billete que el empleado, con experta maestría, enrolló en su diestra.

—Al instante, señor Burns. Será complacido, señor Burns.

Poco después, al entregar los pasajes, el empleado añadió:

—Buen viaje, señor Burns, y séame lícito desearle un feliz arribo en todos sus propósitos.

Myriam Vandorf, al instalarse en su asiento junto a la ventanilla del ultra-lujo, comprobó que su vecino de viaje tenía una sencilla distinción.

El avión despegó y Burns sacó una pitillera larga, extraplana, de oro. La abrió, presentándola a Myriam, que cogió un «Muratti».

—Permítame presentarme, señorita Vandorf... Milton Burns.

—Encantada. Excúseme si no lo recuerdo, y es extraño, porque debería recordarle. No tiene usted un aspecto corriente.

—La conocí ayer.

—¿Quién nos presentó?

—El azar, el mejor aliado de los que, como usted y yo, repugnamos de las vulgaridades.

Myriam Vandorf exhaló una bocanada.

En el mismo tono confidencial, Milton Burns expuso:

—Si yo le dijera que soy un hombre de acreditada mundología, tendría usted el perfecto derecho de tildarme de memo fatuo, ya que son los actos y el modo de reaccionar los que definen al hombre experimentado.

—Es posible.

—Un hombre corriente reacciona normalmente. Su pongamos que el azar ayer estaba a mi favor, me insinuó que fuera a meditar a cierta playa solitaria, bajo un emparrado.

Myriam Vandorf siguió fumando, sin mirar a su interlocutor.

—Meditaba el mejor medio de continuar viviendo fácil y amablemente, sin tener que recurrir a los vulgares procedimientos de un horario fijo. El hecho de que hable francés, alemán, italiano y español, casi como un nativo, me podría proporcionar un buen empleo conduciendo a los afortunados que pueden viajar. Yo prefiero viajar, pero éste es un deporte dispendioso. ¿Me sigue usted, señorita?

—Pendiente de cada palabra, Burns.

—En la playa que cito estaba a solas con mi pensamiento. La vi descender del autocar y recuerdo que la definí como el prototipo de la hija de buena familia. Son detalles, matices, que el dinero no proporciona. No hace falta ser un lince para adivinar el falso aspecto del enriquecido en tiendas, y la natural prestancia del que por educación y costumbre, aun vistiendo raídamente, es distinguido. Lo que ya me chocó y excitó mi curiosidad, fue ver que de la caseta donde penetraba una señorita distinguida, salía media hora después una mujer desarrollada y ostentosa, casi parecida a una tendera rica. Subí al autocar y desde un escaparate presencié la seguridad con la que dicha mujer, rica pero no distinguida, manejaba la agenda y al empleado de la joyería. Observar, sin deducir, es un arte. Más tarde, la misma mujer penetraba en la

consulta de un psiquiatra. Y no tardaba en llegar el empleado de la joyería. Mi intriga crecía y aumentó en el hipódromo de Hialeah. Tengo que aclarar que en diversas circunstancias de mi existencia, he sido seguido, y esto faculta para seguir sin ser visto. Volviendo a la tendera enriquecida; regresó a su caseta, de donde salía reducida en carnes, de nuevo esbelta y distinguida. Al anochecer, leí los periódicos. Le felicito, Myriam.

Myriam Vandorf aplastó la colilla. Trató de dar firmeza a su voz:

—Antes habló usted de las reacciones del hombre vulgar.

—Un hombre vulgar ayer hubiese cometido el imperdonable error de avisar a la policía. O si además de vulgar era mezquino, trataría de sacar partido de la situación, explotando los siguientes razonamientos, después de haberse informado de que no se las había con una vulgar estafadora: una distinguida damita que aparecía con frecuencia en los magazines y crónicas de sociedad, no ha nacido para vivir estrechamente, trabajando, y menos aún se decidirá a mustiarse entre rejas. Por lo tanto, el hombre vulgar, ya informado, pondrá precio a su silencio.

—Usted no es ese hombre vulgar.

—El viaje es largo, hasta la meta. ¿La importuno, Myriam?

—Por ahora, me intriga.

—Gracias. Podría tal vez intentar mi definición, especificando que me hice un técnico del arte de vivir a costa de los demás, pero no en pequeña escala, y siempre tratando de planear mi labor, en forma que no hubiera violencia, y logrando que hasta los mismos perjudicados tuviesen que reconocer que no podían siquiera procesarme. Le expondré, por ejemplo, el artístico trabajo a base de la compra de un coche.

Explicó Burns el timo, y comentó:

—Dando, pues, por sentado que me considero especializado en esta labor, debo felicitarla en plan de colega. Pero a la vez, censuro sus novatadas. Yo la vi transformarse. Naturalmente, usted en su primer trabajo artístico no podía estar en todo. Me agradó ver que no cometía el peor error. Tratar de vender los cuatro diamantes. No los venda. Lúzcalos para su próximo trabajo, que desgraciadamente no puede repetir. Las joyerías y los psiquiatras del mundo entero estarán sobre aviso. Tal vez aún hay tiempo, y en la escala de Lisboa podría intentar de nuevo la misma operación. Lo

desapruebo.

—Debo deducir que le tengo ahora por asesor.

—Exactamente. Le mego me siga ahora en otro razonamiento. Desde que el hombre fue creado, buscó su caverna para aislarse en soledad, pero necesitaba de Eva. Hay temperamentos que no echan raíces en ningún terreno, prefieren los hoteles caros, del mismo modo que no arraigan en amores, limitándose a pasajeros amoríos.

Myriam Vandorf musitó, nerviosa:

—Me temo que se vuelve usted vulgar.

—Usted es bonita, y estéticamente me complace admirarla. Pero tranquilícese, porque yo estoy incapacitado para amar debido a que antepongo a todo sentimiento el de mi propia independencia. Puede volver a su normal ritmo respiratorio.

—En definitiva, ¿qué me está sugiriendo, Milton?

—Nos complementaremos. Seamos el Adán y Eva en una asociación moderna. Este grato rumor del avión amortigua nuestra conversación. Usted posee lo esencial: distinción y un nombre aristocrático. Yo apporto mi experiencia.

—¿Y si me negase a ser la Eva 1970?

—Su propia conveniencia le hará aceptar mi proposición. Reflexione que el franco suizo es elevado en cotizaciones, y los hoteles termales presentan facturas crecidas. Usted no puede resignarse a vivir modestamente. Yo tampoco.

—Hasta hoy, no nos necesitábamos. Tenemos en común un carácter poco vulgar y amante de la independencia.

—Continuaremos independientes, cláusula básica de este contrato verbal. Lo hermoso no es la ganancia. Esto es vulgar, aunque necesario. Lo hermoso es planear y ver el triunfo. Reconozca que anoche, mientras cenaba y leía los periódicos, usted sentía la euforia del triunfo, usted se elevaba por encima del vulgar mortal. Bien, he terminado mi conferencia.

—Hay un punto sin aclarar. Tengo la certeza de que si me negase, usted me delataría.

—Lo ignoro.

—Pero también hay otro punto poco claro. ¿No ha pensado usted que si llego a considerarle el único testigo molesto, empezaré a sufrir del complejo de suprimirle?

—No hablaré de conciencia ni de remordimientos, ya que son

dos escrúpulos que hemos abandonado por anticuados. Me limitaré a decirle que yo, de profesión agente de negocios, no tardaré en presentarle un negocio fructífero y agradable, cuyos beneficios compartiremos y al eliminar todos los riesgos, usted misma será la primera convencida de que le conviene asociarse a mí.

—Aguardaré a ver. Yo pensaba instalarme en Saint-Moritz.

—Excelente idea. El aire fresco, la millonaria concurrencia, el ambiente espiritual, harán surgir en mi cerebro el chispazo. Por ahora, no tengo un plan preconcebido. Es lo mejor. Nos basta saber que ambos poseemos la adecuada intelectualidad. Y ahora, con su permiso, leeré.

Miró ella de reojo la lectura de Milton Burns. Revistas comerciales suizas.

En Lisboa, Myriam Vandorf especificó:

—Por todo el día de hoy preferiría estar sola.

Inclinóse Burns, replicando:

—Éste era también mi deseo.

Al anochecer, cuando reemprendían el vuelo hacia Berna, ella ofreció un cigarrillo, cogiendo después la diestra de Burns, que presentaba su encendedor.

—Me temí que me vigilase, Milton.

—No incurro en vulgaridades prosaicas.

—¿Y si yo, renunciando a formar sociedad, hubiese desaparecido?

—No se calumnie. Usted es inteligente. Una provinciana hubiese huido ante el que hubiese calificado de cínico aventurero. Pero Myriam Vandorf prefiere la compañía de un discreto agente de negocios.

Maniobró Burns, hasta que su amplia silla quedó reclinada en litera. Cerró los ojos.

Con su permiso, Myriam, dormiré. Tenga usted dorados sueños.

En Berna debía efectuar el transbordo al día siguiente, hacia Saint-Moritz.

—Hotel Bristol —ordenó Burns al chófer del taxi.

—Esta ciudad es adorable, limpia, deliciosa.

—Toda ciudad es adorable cuando por ella se transita sin preocupaciones de índole monetaria.

En el comedor, fue Burns el que eligió, sin mirar, el menú:

—Bernerplatte, truchas de montaña, rosti, Ermenthal.

—¿Vino preferido, señor? —solicitó el *summiller*.

También sin mirar la lista de vinos, dijo Burns:

—Shaffiser 37, y entibie para el café un *gnag* sin *kummel*.

Alejáronse *maître* y *summiller*.

Burns comentó:

—Uno de mis textos preferidos es la «Guía Gastronómica», que detalla minuciosamente los guisos de cada capital. Elijo, sin sacrificar mi paladar, platos nacionales, halagando a los servidores. Siempre es conveniente que el ambiente refleje en rededor de uno la creencia de que no somos turistas vulgares, sino turistas norteamericanos europeizados.

—Creo que me será muy instructiva su compañía, Milton.

Terminada la comida, Myriam insinuó:

—Me agradaría pasear por la capital, siguiendo sus consejos, Milton.

El paseo fue lo que llamó Burns un concentrado extracto del pintoresquismo de Berna. Y a las cuatro añadió a sus observaciones:

—Como reposo, podríamos sumimos en la masa... Vea. —Y señaló la densa columna humana que atravesaba el puente sobre el Ar, dirigiéndose hacia una explanada—. Van al Stadion porque esta tarde el equipo nacional juega contra una selección inglesa. ¿Ha reflexionado alguna vez los motivos del apasionamiento americano por la pelota base, y en la furia europea por el balompié?

—Sólo me gusta el tenis, la natación y el hipismo.

—Porque aborrece usted la masa y sus estridencias. Pero esta tarde perdamos unos momentos contemplando las reacciones ajenas. Le prometo que es curioso. Verá usted al plácido burgués, hombre intachable, pacífico, convertirse en un energúmeno capaz de matar a quien le discuta que el balón no estaba fuera de juego, cuando su delantero compatriota marcó el gol, que un sufrido individuo llamado árbitro anuló.

A la media hora, Myriam Vandorf, que asistía por primera vez a un partido de fútbol, se sorprendió aplaudiendo frenéticamente, porque el guardameta inglés acababa de cazar en el aire, en la esquina del larguero y el poste, un balón disparado como una bala por el chut vigoroso de un calvo suizo.

Y en el descanso trató de decir indiferente:

—No está mal como espectáculo. Son hombres que poseen mucha inteligencia en los pies.

—Y que deben ser envidiados por los intelectuales que apenas consiguen sobrevivir. El entusiasmo que usted ha presenciado es poco contagioso, en comparación con un partido, como el que presencié en cierta capital de provincia española.

—Los españoles suelen ser rabiosamente vehementes.

—Hay de todo. En aquel partido, que era semifinal de campeonato, el árbitro recibió un botellazo, y salió en camilla. A mi lado se sentaba una gruesa señora, bonita aún, la cual a gritos pedía la cabeza del árbitro. No se la dieron, y tengo el convencimiento de que a solas en su cocina, por la noche, aquella señora rezaría para que el árbitro se repusiera pronto.

En la segunda parte, volvió Myriam Vandorf a incurrir en un entusiasmo repentino, cuando un defensa describió en el aire una voltereta, sacando el balón de la línea de gol, mientras ya el portero estaba batido en su inútil estirada.

No pensaba ella que el fútbol iba a ser en el futuro su pesadilla, ni tampoco Burns veía en el deporte aquel otra cosa que un estudio psicológico capaz sólo de reportar beneficios a los jugadores y directivos.

A la tarde siguiente, el avión aterrizaba en Saint-Moritz, la capital suiza de la elegancia y el deporte veraniego e invernal.

Es la ciudad del goce visual, donde el lago, el río, las montañas tienen luces y colores que parecen no existir en ningún otro paraje del mundo.

Hoteles y pensiones albergan en sus refinados interiores una selección de muchas nacionalidades, cuyo factor común es la facilidad con la que pueden pagar las cuentas.

Myriam Vandorf encontraba cada día una nueva fuente de maravillas en los cuatro puntos cardinales de Saint-Moritz. Pronto también en su hotel, numerosos individuos de toda categoría, desde el artista con éxito hasta el financiero de suerte, trataban de romper el cerco de aislamiento en que ella se encerraba.

Milton Burns se alojaba en una pensión, y ella le veía a veces en alguna terraza de café, inclinado sobre la columna de anuncios de la Prensa de Berna, Zurich y Ginebra.

A los seis días de estar en Saint-Moritz, Milton Burns se colocó

junto a Myriam en el *ski-lift* colgante, que por los cables llevaba a sus pasajeros en suspensa admiración sobre el valle del Inn.

—Ya está, Myriam. He encontrado el medio de que cubramos ampliamente los gastos durante dos años. El primer paso es sencillo. ¿Usted se ha fijado en el muchacho moreno, que come con apetito de caníbal, y que se sienta en su hotel a la mesa de la izquierda?

—A veces me da la impresión de que me devora con los ojos.

—Su morena tez siente el atractivo de su blancura de rubia. Es Giano Gruber, un italo-suizo, el defensa central, internacional, del equipo suizo.

—Hay en el hotel solteros con millones y, además, Milton, me está defraudando.

—Espere. Usted ha de limitarse a aceptar su invitación a bailar. Sea como hasta ahora, fría, lejana, pero límitese a alternar en compañía de Giano Gruber. Es soltero y huérfano.

—¿Y qué?

—Dentro de cinco días, a lo sumo, le aclararé. Me ausento en corto viaje a Berna para ultimar un negocio pendiente.

Myriam Vandorf obedeció porque la ingenua admiración descarada del futbolista no le disgustaba. Era un muchacho saludable, de blancos dientes y sonrisa casi infantil.

A los cinco días, paseando por el florido sendero del flanco del Piz Nair, Giano Gruber dijo, bruscamente:

—Yo soy poco elegante, Myriam. Tú eres una niña rica y aristócrata. No sé cómo decírtelo, pero estoy loco por tus... Bueno, te quiero. Y no duermo tranquilo desde que te vi por vez primera.

—No te conviene, Gian —repuso ella, con su gracioso pronunciar de la lengua francesa—. Debes cuidarte, como deportista.

—¡Madonna! Enfermaré si no te casas conmigo. Escucha, nena, estoy solo, y no soy un buscadotes, de los que abundan por aquí. Estoy en reposo y me da fiebre tu sonrisa.

Calma, Gian. Para empezar te diré que si mi apellido es aristócrata y fui rica, no lo soy ahora. Tardaré unos meses en decidirme a trabajar, pero lo que sí es cierto es que no quiero casarme. Sigamos como hasta ahora, buenos amigos.

—¿Es que por ser futbolista te parezco poca cosa?

—Me pareces un excelente muchacho. Pero yo no me casaré.

Regresemos al hotel. Quiero reposar. Hemos andado demasiado... en todos sentidos, Gian.

Milton Burns estaba ultimando su negocio, que nació de la visita que hizo en respuesta a un anuncio, en el principal rotativo de Berna.

*«Compañía financiera precisa caballeros con don de gentes e idiomas, ofreciéndoles gran porvenir. Presentarse en...»*

Milton Burns se presentó. Era una compañía de seguros, y el que le atendió dijo concisamente:

—No es el clásico y difícil corretear tras un seguro ordinario. Nuestra compañía ha creado una póliza especial, resumida en pocas palabras. Los futbolistas ganan cantidades importantes, pero mientras están activos. Si son inteligentes, adquieren un bar, una tienda o cualquier pequeño negocio, que les asegure el porvenir. Nosotros iniciamos un seguro especial, que trabajarán también nuestras delegaciones europeas. Aseguramos las piernas de los futbolistas.

—Creo que existen mutualidades deportivas.

—No cubren el futuro, sino el presente por lesión. Nosotros garantizamos al futbolista en activo, que si se queda incapacitado por accidente, no debe preocuparse de su porvenir.

Siguió el gerente discursando. Por fin, dijo:

—¿Reside usted en Berna?

—Saint-Moritz.

—¡Excelente! Allí se encuentran distintos representantes del equipo internacional suizo.

—Dentro de unos días le daré mi respuesta. Conozco ya mis posibilidades y estudiaré las que ofrece servirle de agente.

—Le remitiré a Saint-Moritz las tablillas de primas, y también un informe detallado de cada jugador que allá se encuentra.

El segundo viaje de Milton Burns fue para decir que aceptaba el empleo de agente de seguros en el ramo de incapacidad deportiva. Y volvió a sentarse en el *ski-lift* junto a Myriam Vandorf.

—Giano Gruber me ha pedido repetidamente que me case con él.

—Acepta.

—¿Por qué he de aceptar?

—Porque obtendrás, tuyos e independientes, doscientos mil dólares.

—Más puedo obtener casándome con algún millonario memo.

—Yo te garantizo que tan pronto te cases con Giano Gruber, bastará que me indiques el momento y tendrás los doscientos mil dólares.

—¿Qué momento debo indicarte?

—Aquél en que desees volver a ser soltera.

—Lo soy ahora.

—Pero sin doscientos mil.

—¿Debo casarme con Gruber para obtener esos doscientos mil, sin verme encadenada a un marido?

—Exacto.

—Bien. Lo dejo a tu resolución. No tengo vocación de casada, aunque Gruber no es mal muchacho. Esta noche le daré el sí.

Al día siguiente, Milton Burns abordaba en un café a Giano Gruber, radiante de salud y alegría.

—Perdóneme, señor Gruber. Desearía proponerle algo ventajoso para nosotros dos.

El aspecto distinguido de Burns decidió al futbolista.

—Siéntese y tome una copa. Estoy muy contento boy. Usted dirá.

—Usted gana mensualmente una cantidad respetable, pero está expuesto a perder esta paga si algún día sufre una lesión importante o accidente, o pierde facultades. Con un cinco por ciento de su paga, usted tendrá derecho a percibir cuatrocientos mil dólares si sufre accidente y se ve incapacitado para jugar.

—Al fin y al cabo, es usted el agente de seguros más elegante que me he tirado a la cara, y coincide la suerte a su favor. Voy a casarme, y es lógico que me interese por el porvenir. Una chica deliciosa y acostumbrada a vivir bien.

—Mejor que no le hable de este seguro.

—¿Y por qué?

—Ofende a una mujer enamorada, si es discreta y refinada que le citen vulgaridades monetarias.

—¡Caray! ¡Pues tiene usted razón! Usted es un hombre de

mundo.

Echó una ojeada Giano Gruber al contrato. La entidad tenía su central en Filadelfia, y era sólidamente prestigiosa.

—Es excelente este contrato. Cubre todos los riesgos, hasta el de muerte.

—Menos el suicidio, señor Gruber.

—Por mí no hay temor. Ahora le firmo el cheque por la cuota de entrada. Me ha gustado este seguro. Hablaré con mis compinches y podrá usted recordar a que yo haya conquistado a la mujer más bonita del mundo, le firmé este seguro. Usted ha hecho su agosto, porque los demás compañeros tragarán también.

Diez días después, en Berna, en el Perroquet, llegaba sola Myriam Vandorf, que había citado a Burns por teléfono.

Se sentó nerviosamente, musitando:

—He cumplido. Debes cumplir, Milton. Estoy harta de Giano, que es un buen chico, pero brutalmente celoso. No sabes lo que me ha costado salir ahora. No me deja a sol ni a sombra. Ahora está entrenándose. Si miro a cualquier hombre, me retuerce la muñeca, rechina los dientes y jura que me matará. Si quiero dormir, estalla en insultos groseros.

—Una gran pasión, querida mía.

—¡Quiero volver a estar libre, Milton! Tú ahora debes realizar la promesa de devolverme a mi soltería con doscientos mil dólares.

—Mañana por la noche, a más tardar, estarás libre.

—Giano no consentirá.

—Le convenceré. Ahora vas a ir al entrenamiento.

—¡No quiere! Fui a verle entrenar y porque un muchacho me miraba demasiado estuvo a punto de pelearse con él.

—Entonces vuelve al hotel y no te encierres en tus habitaciones. Procura que te vean bien los empleados. Es parte de mi plan.

—Lo haré así, salvo, naturalmente, cuando esté Giano conmigo. De acuerdo.

Milton Burns manejaba muy diestramente la motocicleta que cogió de entre las muchas que estaban alineadas frente a un club deportivo.

Consultaba con frecuencia su reloj pulsera, mientras recorría el Kornhausbrücke a lenta marcha.

Pasó dos veces ante el Stadion. Salían jugadores, terminado su

entrenamiento. La distancia hasta el centro de la ciudad era corta y agradable.

Por lo general, Giano Gruber iba a pie. Pero aquel día tenía que reunirse con su esposa.

Pidió un taxi, y en él se dirigió hasta la amplia avenida donde estaba el hotel en que se alojaba el matrimonio Gruber.

Descendió, y cuando el taxi se alejaba, una moto, trepidando furiosa, embistió sobre la acera al futbolista.

Chocó plenamente contra su costado, derribándolo, y pasando por encima de él.

El motorista, como enloquecido, luchó por dominar el caballo de acero. Vestía el mono y el casco que había sacado del bolsín de la moto.

Milton Burns apretó la marcha, y poco después volcaba la moto en un parterre florido del Kirche Park, dejando en el bolsín el casco y el mono, y conservando puestos sus propios guantes.

Los periódicos de la noche proclamaban su indignación ante el caso frecuente de muchachos imprudentes que tomaban motocicletas que no eran de su propiedad y que al atropellar a alguien, abandonaban el vehículo y rehusaban entregarse a la policía.

Pero la indignación pasaba de los límites naturales, debido a que era Giano Gruber, el popular futbolista, el que había muerto de conmoción cerebral, con las vértebras dorsales destrozadas, atropellado por una moto mal conducida.

Dejaba una viuda inconsolable, tanto más cuanto que eran recién casados, en plena armonía conyugal.

Se volvía a proclamar la peligrosidad de las motocicletas y se anunciaba que todo aquel que se apropiara de una moto ajena para practicar unos instantes el arriesgado deporte, sería severamente castigado con penas oscilantes entre los dos y diez años de cárcel.

Milton cenó bien, durmió perfectamente y desayunó con apetito.

Terminaba de desayunar en la cama, cuando la puerta de su habitación se abrió y Myriam Vandorf avanzó hacia él.

Sacando de su bolso una pistola, encañonó a Burns, para decir convulsa y estremecida:

—Vas a morir, vas a morir... ¡Asesino!

## CAPÍTULO IV

—Por favor, Myriam, cierra la puerta. Un camarero podría verte, y si se dispara esa pistola... Son muy severos los suizos ante el crimen. Tu reacción ante la muerte fortuita del pobre Giano es completamente vulgar. Te desquicias como una mujercita provinciana.

—Asesino —murmuró ella, con odio, cerrando la puerta y avanzando, brillantes los ojos en hondas ojeras de una noche sin sueño.

—Puedes convertirte en asesina, si disparas. En el cantón de Berna la pena de muerte por asesinato es el hacha para las mujeres.

—¡Tú mataste a Giano!

—Tu mente es tortuosa, Myriam. Habrás sabido perfectamente cómo ocurrió el desdichado accidente. Un torpe muchachuelo, de los muchos que a diario cita la Prensa, llevado de su afán de conducir una motocicleta, que no puede adquirir, coge prestada sin permiso del dueño...

—¡Fuiste tú!

Burns se secó la boca con la servilleta, apartando la bandeja camera, que colocó sobre la mesita contigua. Encendió un cigarrillo, arrellanándose más en la cama.

—Esconde ese feo instrumento, Myriam. Tu visita será Razonablemente estimada como la de una viuda al agente de seguros.

—Tú lo mataste.

—¿Cómo pudo ocurrírsete tan horrible idea, Myriam? A la hora en que los periódicos dicen que fue atropellado Gruber, yo me hallaba visitando el Zoo. Los guardianes podrán atestiguarlo.

—Te separaste de mí en el Perroquet, afirmando que quedaría libre de Giano. Que yo debía ser vista en el hotel... ¡Tú fuiste!

—Yo me limité a asegurar a Giano por cuatrocientos mil dólares

contra toda incapacidad física, incluyendo muerte por accidente. Digamos que la suerte fue desfavorable para él.

—¿Cómo sabías que, a más tardar, hoy estaría libre y con doscientos mil dólares?

—No conduce a nada esta conversación. Haz el favor de regresar a tu hotel. Yo no tengo nada que ver con tu histeria, y si persistes en ella, tendría que comunicar al FBI la responsabilidad de la que robó la joyería Simpson, en Miami. Si lo prefieres dispara, y espero que te den la atenuante de histeria pasajera, y se limiten tus jueces a condenarte a perpetua. Están preciosas las presidencias con el vestido gris, medias de algodón y zapatos bajos.

Myriam Vandorf dijo en voz baja, cerrando su bolso:

—Eres un criminal, Milton Burns. Yo acepté ser una timadora colaborando contigo, pero no ser la cómplice de un asesino cobarde y canalla.

—Sufres de un complejo momentáneo. Pero podrías molestarme, y tal vez sugiriese yo a la policía que los celos de Gruber te hacían la vida imposible, y compraste un cómplice, sabedora de que el seguro estaba a tu nombre, y en caso de fallecimiento...

—¡No sabía nada del seguro! ¡Giano no me habló del seguro!

—La policía mostraría un gran escepticismo. Un maridito en la luna de miel le cuenta todo a su encantadora mujercita.

—¡Eres odioso! Escucha, Burns, me has convencido. Tu don de gentes es grande. Ahora no volveremos a vernos nunca más. Pero recuerda lo que te digo. Algún día, cuando menos te lo esperes, yo sabré encontrar el medio de que tú mueras en un accidente. Me has enseñado la manera de no incurrir en la oprobiosa muerte en vida que es una cárcel. Pero te mataré, Milton Burns.

—Hoy mismo te serán entregados los cuatrocientos mil dólares, porque eres americana. En Niza, la bella Costa Azul, me entregarás los doscientos mil de mi parte. Estaré en Niza dentro de siete días, y tú te alojarás en el Massena. Te visitaré fugazmente y no trabajaré los seguros en Niza, no. Ahora puedes irte, Myriam Vandorf.

—Voy a... voy a entregarme a la policía, explicando todo. Prefiero dos o cinco años de cárcel por lo de Miami, a vivir constantemente pensando en el pobre Giano.

—La comisaría de Berna está en el Hodlerstrasse, muy cerca del Stadt-Museum. Cuando el comisario me presente sus excusas por los

arrebatos de una viuda enloquecida, cada mes te enviaré naranjas a la cárcel de Miami. Los diamantes de tus orejas y de este broche no podrás lucirlos en el uniforme gris.

—¡No iré a Niza!

—Tengo que vestirme, Myriam. Haz el favor de volver al lugar que te pertenece. Eres una viuda llorosa, febril y a punto de histeria. Posiblemente, dada la categoría de tu difunto marido, será el propio gerente en persona, por aquello de la propaganda demostrando que la casa paga inmediatamente, quien te hará entrega del hermoso cheque.

Myriam Vandorf atormentaba el cierre de su bolso. Milton Burns, en pie, se despezó, contemplándose al espejo, mientras se pasaba la mano por la barbilla.

—Te mataré, Milton Burns.

—Tendré que abandonar esta maquinilla eléctrica y volver a la hoja de afeitar. No dejan tan rasurado el cutis como las hojillas.

La puerta se cerró. Myriam Vandorf, viuda de Gruber, conteniendo un sollozo de furor impotente, bajaba ya las escaleras.

Media hora después, Milton Burns manifestaba al gerente de la compañía de seguros:

—Mala suerte para Gruber, el muy desdichado, y para la casa, señor.

—Recuperaremos este déficit, pero en cambio el desgraciado Gruber no recuperará el don precioso de su vida. ¡Veintitrés años robustos y alegres!

—Me ha afectado el incidente. Yo aseguré a Gruber y a veinte compañeros suyos.

—Sí, en efecto. Serán necedades, pero el factor psicológico es importante. Sugeriría un traslado a otra plaza, Burns.

—Usted dirá, señor.

—Elija... Londres, París, Madrid, Roma... o capitales de provincia de estas naciones, cuyos idiomas domina usted perfectamente.

—París es delicioso en primavera, señor.

—Bien. En caja le proporcionarán el pasaje y los fondos para su estancia. Es usted un buen agente, Burns. Me congratulo de haberle empleado, pese a este percance imprevisible. Buen viaje, Burns... ¡Y ojo con los parisienses!

—Trataré de no morir bajo el efluvio primaveral en París, señor.

—Nuestro gerente allí le dará todos los datos necesarios, referentes a los jugadores de primera categoría. Buen viaje, repito. Y no se impresione por este accidente.

En París, Milton Burns se dedicó simplemente a anotar mentalmente los jugadores solteros y huérfanos, ya asegurados contra el riesgo de incapacidad deportiva. No podía él volver a figurar como el asegurador del próximo accidentado.

Mientras, Myriam Vandorf recibió las condolencias de numerosas personalidades. Era la viva imagen de la trágica desesperación.

El gerente de los seguros le entregó el cheque y anunció ella que regresaría a Estados Unidos. Cogió el avión aquella misma noche, y dos días después se alojaba en el Astoria, de Nueva York.

Ni un solo instante había dejado de pensar en dos hombres: Giano Gruber y Milton Burns.

Los periódicos neoyorquinos habían relatado profusamente el trágico final del gran amor entre una dama de la mejor sociedad y el futbolista suizo.

Citaban los comentarios del corresponsal en Berna, ante la sincera e insondable pena de Myriam Vandorf, que en Saint-Moritz se había enamorado profundamente del guapo atleta internacional, ídolo europeo.

Myriam había ingresado cincuenta mil dólares en un Banco francés y otros cincuenta en un Banco londinense, después de dejar en Berna cincuenta mil.

En Nueva York ingresó los doscientos cincuenta mil restantes. No llevaba puestos los pendientes de diamantes ni el broche.

Al tercer día de estancia en el Astoria recibió un cablegrama. Estaba fechado en Niza.

«La mejor sociedad se reúne ahora en la Costa Azul.  
Esperándote, tu mejor amigo».

No había firma, ni le hacía falta. Aquel cablegrama acabó de ultimar su decisión. Iría al Bronx y al Bowery, los dos barrios donde podría hallar el hombre que necesitaba. El hombre que por una cantidad importante, vengaría indirectamente a Giano Gruber.

No sería Myriam Vandorf la que buscaría a este hombre, sino

una nueva versión de la que en Miami comprobó las ventajas de saberse maquillar al servicio de un temple sereno.

Todo esto lo meditaba delante del espejo. Era esencial que no pudiera ser ella objeto de chantaje por parte del hombre que iría a elegir en el Bronx y el Bowery.

Tampoco podía repetir la figura de la compradora de la joyería Simpson, en Miami, porque era más que seguro que su descripción detallada constaría en todas las comisarías.

Al fin desistió de maquillarse en cambio radical de su semblante. Preferiría ser toda su vida víctima de chantaje por parte del hombre que pagaría para aniquilar la odiosa suficiencia de Milton Burns.

Decidió primero visitar el barrio de Brooklyn, donde a la ribera izquierda del famoso puente se extendía el mísero barrio Bowery, el refugio de los fracasados, de los maleantes y donde abrían sus puertas las tabernas, los sucios *cabarets* y los teatros para marineros.

No tenía la menor idea de cómo podría conseguir lo que buscaba. A medida que iba recorriendo las torcidas callejuelas, meditaba que muchos de los torvos individuos que la veían pasar, aceptarían, enajenados de satisfacción, una oferta de ganar mucho dinero sin el menor escrúpulo.

Ella sabía que estaba actuando imprudentemente yendo sola por aquellos arrabales, pero sólo tenía una obsesión: terminar con la amenaza que le suponía la complicidad forzosa con Burns, y además, saciar su odio hacia el cobarde asesino de un hombre joven y sin maldad.

Entraba ahora en la calle principal de la nocturna diversión: la East River. Los letreros luminosos repetían:

Chorus Girls.

Alguna vez, años antes, había visitado aquellos antros, donde un pianista maltrataba las notas, y varias muchachas desvestidas bailaban en el tablado, o al menos se contorsionaban con energía, en medio de frecuentes alborotos y reyertas en la sala.

Era absurdo lo que estaba haciendo. Partía de una base sólida; en el Bowery abundaban los faltos de escrúpulos; pero ¿cómo iba a abordar a cualquiera de los solitarios paseantes?

Podía resultar un hombre honrado, un sin trabajo... Era preferible que abandonase aquella idea impracticable. Se

enfrentaría con Milton Burns y ella misma...

Se estremeció al llegar al término de la calle y doblar la esquina. Penetraba ahora en un callejón mal iluminado formado por solares sin edificar donde tenían instalados sus garajes, al aire libre, los revendedores de viejos coches y recambios.

No había casas y tenía el convencimiento de que alguien la seguía. Alguien que pisaba sigilosamente.

Volvió sobre sus pasos, y al girar vio la silueta corpulenta de un individuo, que en la misma acera le cerraba el paso.

—Sin escándalos, señora. Suelte el bolso... ¡No llame! No llame o tendré que pegarle un mal golpe. Deme el bolso, pronto. ¡Quítese anillos y joyas, ande!

Hablaba en voz baja y áspera, con la certeza de ser obedecido. Myriam Vandorf tendió su bolso. No quería perder su anillo.

—¡Venga! Anillos y aretes...

En aquel mismo instante dobló la esquina otro individuo, de estatura regular, poco corpulento. Avanzó presuroso.

—¡Hey!

Su llamada perentoria hizo que el ratero, girando sobre los tacones, deslizara la diestra hacia el bolsillo, de donde rápido extrajo un cuchillo.

El intruso se abalanzó con nerviosa energía, asestando veloces puñetazos y rodillazos, y por un instante pensó Myriam Vandorf en la moderna reencarnación de David y Goliat.

El gigante dejó caer el bolso de ella, y su acero refulgió varias veces cortando el aire a escasa distancia del que, con ágil esquivo, evitaba ser la funda carnosa del cuchillo.

Por fin, el gigante se tambaleó y cayó de rodillas. El otro, con salvaje decisión, aplicó un puntapié contra la mandíbula del arrodillado, y un segundo puntapié al cuello.

Se quedó resoplando, atento, mientras el otro se derrumbaba pesadamente, privado de sentido.

Myriam Vandorf pudo observar al que había actuado de galante salvador. Era un hombre joven, sin afeitar, camisa sucia, traje raído, pero tenía cierta distinción.

—Gracias, señor —dijo ella, recogiendo del suelo el bolso.

—Seamos prácticos, hermana —indicó el otro, mirándola. Hablaba con tono irónico—. Usted vino a buscar emociones y por

poco más las obtiene. Sólo que este tío, después de limpiarla, la hubiese aporreado de lo lindo. Me metí en el asunto, pero no porque sea yo un caballero a lo Quijote. ¿Qué hay en el bolso? A ver, traiga.

Ella echó a andar, pero el otro le cerró el paso, advirtiéndole:

—Estoy en las últimas, señora. No le haré daño ninguno, pero por un billete de cien, soy capaz de muchas cosas.

—Puedo gritar y llamar a la policía. ¿Qué haría usted?

—Echar a correr. No somos amigos la policía y yo. Pero no va a ser tan desagradecida. ¡Caramba!

Había algo simpático en el desconocido. Se veía que era un granuja, pero con determinada hombría.

—Alejémonos de aquí. Tal vez yo pueda darle a ganar bastantes billetes de cien.

—Bravo... Vamos, pues. Este barrio no es adecuado para una damita elegante como usted. Me llamo Tony... Tony Jackson.

—¿Tony Jackson? Me suena.

—Claro que le suena, puesto que se lo acabo de decir. Mire, yo no pretendo tener nombres exóticos. Jackson hay a montones, y Tony abundan por el Bowery. ¿Qué es eso de ganar varios billetes?

Llegaban al puente, el largo camino tendido sobre el Hudson. Ella se adosó a una de las columnas metálicas. Había otras parejas jalonando el sucesivo erguir de las pilastras.

—Podría usted viajar, comprar ropa, comer bien, alojarse en un buen hotel.

—Esperaré a que me elijan senador en las próximas elecciones. Oiga, señora, ¿es que va usted a tomarme el pelo? No tengo una lata, y la ropa se me cae de vieja. Mis viajes son en busca de trabajo que no encuentro; entendámonos, no encuentro trabajo acorde a mi talento. Y comer bien... cuando me suelte usted un billete grande. Estuve esquivando cuchillazos y no es un deporte que practique por el amor al arte. En cuanto a un buen hotel...

—Le he visto pelear, y es usted decidido.

—Esto sí. No soy un gigantón, pero en cuestión de pegar me desenvuelvo con facilidad.

—Usted, bien vestido, podría alternar con cualquier sociedad.

—Antes de Caer en el Bowery fui alguien. Pero hablemos de otra cosa: ¿adónde va usted a parar, señora?

—Voy a emprender viaje a Francia en avión. Necesito un secretario discreto, y dispuesto a todo lo que sea. Nada contra la ley...

—Aunque así fuera, si es bien pagado, cuente con Tony Jackson.

—Dedique la mañana entera a adquirir ropa y equipaje. ¿Tiene sus papeles en regla?

—Lo bastante para el secretario que usted precisa. Hablemos claro, señora: usted necesita alguien en quien tener plena confianza, y que no sea un muchacho recién salido de la academia, o de casa buena. Yo soy el que le conviene.

—Puede que sí. Tome...

Sacó ella del bolso una cartera, de donde extrajo dos billetes de mil, y una tarjeta. Tony Jackson silbó entre dientes:

—¡Caramba! Dos mil.

—Usted arriesgó su vida, Jackson.

—A sus órdenes de ahora en adelante, señora Vandorf.

—Mañana a las doce estaré en el Kimmers.

—Puntual y aseado, señora.

—Ahora puede pensar lo que quiera.

—Yo ya no pienso, señora. Mi cerebro está sometido a sus menores deseos.

—Hasta mañana, Jackson.

Tony Jackson vio alejarse a la hermosa mujer elegante, que con tanta sencillez acababa de darle dos mil dólares.

Pasó dos horas en los almacenes Macy, apenas abrieron a la mañana siguiente. Penetró primero en la sección de baños, donde un peluquero le afeitó y arregló el cabello.

Tras el baño caliente, ya seco, un probador le tomó las medidas. Mientras se friccionaba el cuerpo con lavanda, llegó el camisero y el empleado de la sección de ropa interior.

Después, el zapatero, aportando los cinco pares elegidos por Jackson del numerado catálogo, que en colores fotografiaba las existencias de calzado de lujo confeccionado.

A las once, Tony Jackson se detallaba en el espejo. La camisa, la corbata, el traje y los zapatos. Todo de primera clase.

En la cartera recién comprada, le quedaba menos de mil dólares, pero tenía un equipaje completo: maletín de cuero para avión y tres maletas.

Dejó dicho que pasaría a recoger sus compras a la una.

Salió a la calle, pisando triunfante. La euforia de estar limpio, con buena ropa y novecientos quince dólares en la cartera, era un sentimiento agradable, por aquel tibio día.

¿Qué pretendería la hermosa Myriam Vandorf? Un secretario contratado en el Bowery...

Renunció a intrigarse más. A las doce se sentaba en la sala del Kimmers, levantándose cuando ella llegó.

Myriam Vandorf le examinó atentamente, mientras el camarero servía los dos combinados. Al irse, comentó Myriam:

—Usted no es la primera vez que viste bien.

—Ya le dije que antes fui alguien, pero tuve mala suerte. Hablando en plata, cometí un error que la ley castiga. Me salvé de proceso, pero me era molesto seguir frecuentando mi ambiente.

—Ha elegido bien su ropa, Jackson. Bueno, en Francia, cuando llegue el momento, ya le indicaré lo que deseo. Por el instante, bastará que me acompañe allá. Vaya a la agencia y tome dos pasajes para Niza.

A media tarde, el avión despegaba. Myriam Vandorf tenía el convencimiento de que en tierra extranjera, y acostumbrado a vivir bien, Tony Jackson no titubearía en encontrar el medio para suprimir a Milton Burns y, además, tenía la sensación de que convencería más pronto a Jackson, sugiriendo que Burns era un asesino que la tenía presa en un chantaje.

Sin saber por qué, confiaba en que Jackson era un aventurero de muy distinto calibre que Burns.

Y precisamente por esta razón, le sería imposible a ella sugerirle un asesinato. Debatíéndose con aquellas meditaciones, decidió que, por lo menos, la compañía de Tony Jackson podía serle útil en otro aspecto. Acababa de ocurrírsele la idea mejor.

Jackson, discretamente, había elegido asientos distanciados. En la primera escala, en el bar, Myriam Vandorf efectuó el primer sondeo:

—Me gustaría conocer su opinión, Jackson, referente al motivo por el que, sin apenas conocerle, le he contratado como secretario particular.

—Primeramente, al comprobar usted que, pese a mi apariencia normal, puedo luchar ventajosamente contra un coloso que esgrima

cuchillo, decidió usted que mi compañía podía serle útil. ¿Por qué? O bien porque tema usted un peligro, o porque desee escarmentar a alguien que le molesta. Y por último, estimó usted que no soy demasiado vulgar, y puedo permanecer en un hotel de primera sin que me echen.

—Es usted muy penetrante, Jackson.

—Adoro la lectura de las novelas policíacas.

—Es curioso.

—¿El qué?

—Puede considerarlo un capricho de mujer rica, pero el caso es que también a mí me interesa lo policíaco. Me será útil su compañía por cuanto he decidido hacer un estudio, como aficionada, de los métodos policíacos de la ciudad donde hay mayor abundancia de tipos pintorescos. Me refiero a Marsella. Visitaré a un comisario, y en mis excursiones nocturnas al barrio del hampa, su compañía, Jackson, me será muy útil.

## CAPÍTULO V

La Costa Azul, verde mar, cielo azul, peñascos rojos, se iniciaba en el más importante puerto francés: Marsella, con veinticuatro kilómetros de muelles y unas instalaciones portuarias que ocupaban una extensión de doscientas hectáreas.

Era también la ciudad donde la policía es seleccionada entre la más apta de toda Francia, en la guerra secreta contra la delincuencia. No es precisamente contra el marsellés contra quien tienen que emplear todos sus recursos los policías.

El marsellés tiene todos los defectos y cualidades del latino: alegre, charlatán, y bastante indolente. Sí delinque, suele ser por motivos pasionales o en arrebato de cólera.

Pero también en Marsella se inicia el dorado campo de atracción para los delincuentes profesionales de toda laya y nacionalidad: desde el sombrío corso, pasando por el correcto británico, hasta el pistolero americano emigrado a la fuerza.

Scotland Yard, el FBI y otros servicios policiales acuden con frecuencia a los archivos de Marsella en busca de determinados sujetos que, huidos, buscan refugio en las intrincadas callejuelas del viejo puerto, desde donde se apercibe el famoso castillo de If, lugar donde según Alejandro Dumas fue encarcelado el conde de Montecristo.

La Brigada Criminal de Marsella cuenta con varios comisarios especializados en atender a los colegas extranjeros y también a los turistas.

Aquel día estaba de servicio el comisario Mars, apodado Belami entre el hampa marsellesa.

Era amable y discreto mientras tanteaba el terreno, transformándose en un duro y sarcástico instrumento insensible cuando sabía que se hallaba ante un criminal.

Pero, por el instante, era el mundano comisario Mars, el que en

su despacho, inclinando la cabeza señalaba un sillón frente a su mesa al joven recién llegado.

—Me han informado que es usted el comisario que atiende en idioma inglés a las demandas de turistas. Soy Tony Jackson, secretario de la señora Vandorf.

El comisario Mars se limitó a esbozar una sonrisa invitadora. No tenía por qué exteriorizar su pensamiento de que desde Marsella hasta la Rivera italiana, en todo el arco soleado de la Costa Azul, había centenares de damas británicas y americanas, ya maduras, provistas de un joven secretario, a veces con título nobiliario, lo cual no impedía que Mars sintiera hacia ellos un hondo desprecio.

—La señora Myriam Vandorf, viuda, es rica.

—Naturalmente. Quiero decir que suelen serlo las damas que acuden por esta época a la costa. ¿Y qué le sucede a su patrona?

—Mi patrona no tiene más allá de veinticinco años, es bonita y hágame el favor de no considerarme un *gigoló* —sonrió Jackson, divertido.

—Si usted me manifiesta ese deseo, lo atenderé.

—La señora Vandorf es estudiosa, y le interesaría poder apreciar los métodos de la policía marsellesa.

—Nos encanta la curiosidad manifestada por los turistas, señor Jackson, y créame que me siento muy mortificado al tener que manifestarle que la Brigada Criminal no trabaja para saciar afanes estudiosos de damas turistas.

—Usted es un guasón —rió Jackson.

Apenas dijo aquello, observó también la inmediata transformación del irónico y suave Mars, en un sujeto de recias mandíbulas, grises ojos taladrantes, y voz secamente autoritaria:

—Un momento, joven yanqui. Un momento, vamos a ir por partes. ¿Me toma usted por un fenómeno turístico?

Tony Jackson, sonriente, tendió una tarjeta de identidad protegida por funda de plástico. Mars leyó aquel especial documento, que devolvió para decir, suavizado de nuevo:

—Podría haber empezado así, Jackson. Si somos colegas, no vamos a mordernos. Le escucho con suma atención.

—Empezaré por el principio. Fui agente de investigación de una fuerte compañía de seguros de Boston. Gané un buen premio y me retiré al campo para dedicarme a mi trabajo favorito: escribir

novelas policíacas. Pero la compañía de seguros afiliada a la Sunbeam me llamó. Habían establecido un nuevo seguro: el de incapacidad profesional para futbolistas. Aseguraron en cuatrocientos mil dólares a un defensa central del equipo suizo, llamado Giano Gruber, que falleció atropellado por una motocicleta.

—Leí el caso a fondo.

—Myriam Vandorf es su viuda.

—Ya. ¿Y...?

—La muerte es puramente accidental y no puede demostrarse nada contra la viuda. Pero las compañías de seguros son siempre recelosas, porque desgraciadamente se dan casos de perversidad. Y conste que mi compañía no sospecha de Myriam Vandorf. Me llamaron porque Myriam Vandorf estaba en Nueva York y porque el agente que hizo firmar la póliza al pobre Gruber, es un tal Milton Burns. ¿Le dice algo este nombre?

Descolgó Mars un teléfono y se limitó a ordenar:

—Burns... Milton Burns. Ficha.

Colgó y su comentario fue amable:

—Llevamos un registro de extranjeros que nos honran con su visita. Gracias a los turistas, hay empleo para doscientos policías simplemente dedicados a investigación discreta. Prosiga, Jackson.

—Milton Burns es el prototipo del intelectual que dedica su talento a burlarse de la ley sin caer en la vulgaridad de hacerse merecedor a la lectura de ningún párrafo de código penal.

—Un timador internacional, posiblemente. Una fauna abundante por esta latitud.

—Se especializó en varios timos muy inteligentes. Al parecer, en Sudamérica le cogerían acusándole de un asesinato, aunque carecen de pruebas concretas. El caso es que en mi calidad de agente de investigación de seguros, este organismo me encomendó la siguiente tarea: averiguar qué relación existe entre Milton Burns y Myriam Vandorf. Ambos cogieron el avión en Miami y aterrizaron en Saint-Moritz, si bien se alojaron en distinto hotel. Puede ser obra del azar que Myriam se casase con Gruber, a quien conoció en Saint-Moritz, y que Burns asegurara a Gruber. Myriam Vandorf es una muchacha distinguida, por encima de toda sospecha criminal, que iba agotando el resto de su herencia. Pero ahora Myriam Vandorf está asustada. ¿Por qué? ¿A quién teme?

—Cabe la posibilidad de que Milton Burns la esté chantajeando.

—He pensado en ello. El caso es que yo debía tratar de entrar en relación con ella en forma casual. Ella me facilitó la tarea. Se dedicó a recorrer el Bowery, un barrio bajo neoyorquino. Parecía buscar algo o alguien, y a la vez, indecisa, temer encontrarlo. Llamé a un agente del FBI, el cual se especializa en infundir pánico con sólo aparecer. Este agente fingió atacar a Myriam, y yo intervine. Una lucha feroz, con puntapiés bien asimilados por el agente, antiguo luchador. Myriam confió, me dio dos mil dólares y me contrató como secretario. Y ha manifestado su deseo de conocer el hampa marsellesa.

Llamaron a la puerta, y entró un joven que dejó sobre la mesa una cartulina, volviendo a salir al gesto del comisario.

Mars tendió la tarjeta. No había fotos ni huellas en los compartimentos reservados a impresiones y foto judicial.

—Como usted puede apreciar, por ahora su compatriota, es para nosotros un turista, que hace siete años estuvo en Marsella, después nos honró de nuevo con su visita en Burdeos, más tarde en París, donde ahora se halla alojado en el Carlton. Con la mayor mala voluntad del mundo, nada puedo hacer contra Milton Burns, salvo si viniera usted provisto de un mandato de extradición.

—Burns es hábil, y por ahora nada hay contra él. Pero en esta ficha virginal, dice que se inscribió en el hotel como agente de negocios, y dando como referencia la agencia de seguros Sunbeam de Berna. Trataré de ver qué relación hay entre él y mi patrona accidental.

—¿Está aquí la señora Vandorf, viuda de Gruber?

—Se alojó en el Massena de Niza, y yo en una hostelería de las afueras. No quiere que nos vean juntos. Ha indicado que a las doce vendrá a Marsella. Me ha preguntado si tendría yo inconveniente en acompañarla a la Comisaría Central. He replicado que no tenía yo antecedente ninguno, puesto que nunca vine a Europa, ni estaba fichado en América.

—¿Y qué deduce usted?

—Ella no puede acudir a la policía, y tiene miedo. Primero, tal vez pensó que yo pudiera servirle para desembarazarse de alguien, y después estimó que no tenía yo aspecto de criminal a sueldo. ¿Buscará quizá en el hampa marsellesa un asesino a sueldo?

—Daré todas las facilidades —dijo Mars—. Cuando usted regrese aquí con ella, no le conoceré. Hasta luego.

Myriam Vandorf en el Massena apenas se hubo instalado, recibió una carta que el gerente le mandó, notificando que ya hacía dos días estaba allí. Venía fechada de París, y firmaba M.

B. Decía:

*«Querida Myriam: En la bahía de Los Ángeles, la balsa octava es muy propicia para solearse. Entre una y dos del mediodía, tomaremos el sol.*

*»Siempre tu servidor,*

*»M. B.».*

Desde el café de Marsella donde habíanse citado Jackson y ella, se divisaba un paisaje espléndido. Pero ambos no estaban propicios a contemplaciones. En ella, la tensión nerviosa de su odio hacia Burns, y en él, la intriga por resolver un problema, les impedía comportarse como plácidos turistas.

—Si quiere, puede ahorrarse acompañarme, Jackson; porque voy a la Comisaría Central.

—Una americana joven, bonita y aristócrata, precisa un secretario. Y repito que no la pondré en compromiso con mi presencia.

—Desde el hotel, el gerente telefoneó para informarse de quién era el comisario de servicio para extranjeros. Un tal Aquiles Mars. Espero que será complaciente.

—Cuando menos, los franceses, aun policías, son galantes.

El comisario Mars se puso en pie al entrar Myriam Vandorf, que le tendió la diestra, declinando sus nombres y representando mi secretario particular, Jackson.

—Atribuirá usted mi visita a morbosa curiosidad, comisario, pero es lo cierto que aún a riesgo de que me califique mentalmente de caprichosa inquieta, siempre tuve el deseo de estudiar de cerca los métodos policiales en esta ciudad considerada sede del hampa más peligrosa.

Manifestó el comisario que eran numerosas las personalidades extranjeras que visitaban los archivos de la Comisaría Central, y que

la policía no sólo aceptaba con satisfacción aquellas visitas, sino también con gratitud, porque a veces alguno de los visitantes reconocía en la pantalla del Laboratorio de Identidad Judicial tipos fichados, contra los que podía presentar denuncia.

Mientras los acompañaba a la sala de proyecciones, añadió Mars:

—El hampa y nosotros mantenemos como una especie de mutua vigilancia en la tierra de nadie que es el barrio de Marsella. Ellos nos conocen, y los conocemos. Siempre que hay un asunto turbio, ellos tratan de tener bien preparada su coartada, y a nosotros nos incumbe demoler piedra por piedra su falsa fachada.

La sala de proyección semejaba un cine pequeño, con seis filas de butacas, cabina de operador, pantalla y varias mesitas con recuadro luminoso de cristal.

Sentóse Mars tras una mesita, y a cada lado, ocuparon otras butacas Myriam Vandorf y Jackson.

—¿Tiene preferencia por algún género particular de maleantes, señora? —preguntó Mars.

Rió ella nerviosamente, al replicar:

—Me da igual, comisario.

—Puedo presentarle agentillos de espionaje, timadores, atracadores, asesinos a sueldo, y en fin, cualquier rama de la especialidad delictiva. Los tenemos encasillados profesionalmente. Les presentaré a los que se hallan en libertad por haber cumplido condena, o haberse fugado.

Pulsó Mars una palanca, y la sala se sumió en oscuridad. En ella resaltaba el luminoso cuadro de cristal de la mesita. Extrajo de un cajón lateral una diapositiva, que introdujo en una ranura. La pantalla se iluminó, reproduciendo una doble foto de frente y perfil.

En el recuadro de la mesa, aparecían ampliadas unas huellas digitales, y Mars habló, leyendo bajo las huellas:

—Prieur, Jean-Pierre, apodado Pierrot, nacido...

Iban desfilando fotos en la pantalla y Mars explicaba a quienes identificaban, así como sus condenas o especialidades.

De vez en cuando, Myriam hacía preguntas, y el comisario volvía a reproducir la fotografía doble.

—Ahora conocerán un tipo simpático, porque es un bruto integral, capaz de matar en un arrebatado furioso. Ha sido futbolista,

pero como era de los que preferían ir a por el contrario, olvidándose del balón, y se peleaba siempre con directivos y entrenadores, se le fueron cerrando las puertas de los vestuarios.

La pantalla reprodujo de frente y de perfil, un rostro moreno, de frente estrecha y espeso cabello crespuado.

Gruesos labios, y ojillos feroces poco separados por la estrecha ternilla nasal.

—Vanel, Marc Julio Alfonso, apodado Nibdetif, nacido en Argel. Primera condena a los veintiún años, por golpes, heridas. Segunda condena por agresión a un árbitro en la vía pública, golpes, heridas. Tercera condena, por borrachera, escándalo en la vía pública, agresión a un directivo. La última condena la cumplió hace cinco meses, por saltar al campo de fútbol de Nimes y agredir a un defensa que había lesionado a un amigo suyo, resistiéndose a los gendarmes.

Myriam Vandorf preguntó:

—¿Lo consideran un delincuente?

—No. Lo estimamos como un energúmeno que terminará mal, pese a que no es más que carácter impulsivo. Frecuenta con asiduidad el café Petanque, que es el sitio de reunión de los futbolistas.

Siguieron desfilando otros componentes del hampa marselesa. Cuando terminó la visita, el comisario Mars besó galantemente la diestra de la americana.

En la calle, ella comentó:

—Muy gentil el comisario. Y el más curioso de los fichados, era ese argelino apodado Nibdetif. Lleva usted un instante mirándome casi con pena, Jackson.

—Escuche, yo soy su secretario, ¿no? La palabra lo dice. Comparte los secretos. Usted tiene un secreto que la atormenta, y si confiase en mí, le sería más llevadero dicho secreto.

—Exceso de imaginación, Jackson. No sea visionario.

—Usted tiene miedo de alguien.

Ella se irguió. Dijo secamente:

—Aténgase a cumplir lo que yo le indique, sin iniciativas novelescas. Regreso a Niza. Esta noche, preséntese a las ocho en el mismo bar donde le cité esta mañana. Adiós. Y en Niza, recuerde que no me conoce.

Myriam Vandorf, en el lujoso autocar de servicio entre Marsella y Niza, reflexionaba sobre su problema insoluble. No quería perder su libertad, y sólo volvería a ser su propia dueña, cuando Milton Burns desapareciese.

Por la noche, Tony Jackson la escoltaba en la nocturna ronda a los *cabarets* y cafés típicos de la vieja ciudad. Y el agente de seguros, se convencía cada vez más, que Myriam Vandorf buscaba a alguien, para solucionar algo. Dos misterios a añadir al del viaje desde Miami en compañía de Milton Burns, el que había obtenido la póliza de seguros de Giano Gruber.

## CAPÍTULO VI

La bahía de Los Ángeles, tenía la empalagosidad de una tarjeta postal, con un denso azul de cielo, el verde mar de limpidez cristalina, y la neta blancura de las arenas.

Myriam Vandorf nadó hacia la balsa amplia, en cuyo maderamen había un gran ocho pintado en azul. La distancia era larga, y aquella balsa era poco frecuentada.

Se encaramó ayudada por una mano varonil. Se tendió boca arriba, y a su lado, boca abajo, Milton Burns dijo con entonación amable:

—Me agrada verte de nuevo, Myriam.

—A mí, no.

—Soy comprensivo, y no me ofende que te sientas como atada. Voy a dejarte libre, Myriam, tan pronto ultimemos un segundo negocio. El último y definitivo. Sé que no debo prolongar más nuestra alianza, porque tus nervios podrían estallar. Antes de exponerte mi nuevo plan, he de recordarte que has de abonarme doscientos mil.

—¿Cuándo, cómo y dónde?

—Así me gusta. Clara y neta. Te mandaré una relación de Bancos en diversas capitales fuera de Francia, y las cantidades que transferirás a mi nombre.

—¿Cuál es tu segundo negocio?

—No hay asesinato, como tampoco lo hubo en el caso de Gruber. Se trata también de un jugador de fútbol, pero no es para cobrar un seguro ni mucho menos. Es un muchacho que hace el servicio militar en el Estado Mayor. Y tengo la plena convicción de que está en condiciones de proporcionar un documento por el que nos pagarían mucho más que un mísero seguro. Espionaje puramente comercial, Myriam.

—Lo prefiero. ¿Qué más?

—Estás más sosegada, y me complace constatarlo.

—Me he resignado, pero es la última vez que trabajo para ti.

—Para ti también, querida. Permíteme una digresión. Mi fuerza radica en que nunca me enamoré ni me enamoraré. Me quiero demasiado. Pero los demás mortales sucumben fácilmente al poderoso encanto que emana de mujeres como tú.

—Odio tus conferencias de engréído varón superior. Prosigue exponiendo tu plan.

—El jugador a quien me refiero se llama Vanel. Es argelino.

Myriam Vandorf pestañeó. ¿Vanel, argelino?...

—Es nervioso, impresionable y muy faldero. No será preciso que te cases. Bastará con que le seduzcas, y lo lograrás. Frecuenta en Marsella, el bar Petanque, sitio de cita de los aficionados. Cuanto antes, logra su amistad. Preséntate como furibunda aficionada, y tienes la ventaja de ser la viuda de Gruber. Esto llamará la atención de todos. Cuando consigas la atención de él, ya te comunicaré lo que deberás hacer.

—Bien.

—Pasemos ahora a tu viaje a Nueva York, y a tu regreso. No te pido que me digas a qué fuiste. Supongo tuviste un resabio de rebeldía, por fortuna aplacado. Compréndelo, Myriam... me odias indebidamente, pero tengo la certeza de que no cometerás una imprudencia que terminaría con tu independencia. Esta vez, cuando quede resuelto lo referente a Vanel, nos separaremos. Y ahora dime... ¿sabes quién es el que te acompañó ayer por la comisaría?

Se estremeció ella, y Burns prosiguió:

—Me agradaría te dieras perfecta cuenta de que eres una debutante, comparada con quien como yo, llevo quince años imaginando lo peor de cada persona. Ten la bondad de explicarme cómo conociste al que te acompañaba ayer por la mañana.

Ella lo hizo detalladamente, limitándose a explicar que recorría el Bowery en Nueva York, para aturdirse.

—Muy listo ese muchacho. Y te has supuesto que es un magnífico sujeto para proponerle que me elimine.

—Tu imaginación está envenenada, Milton.

—Me anunciaste tu deseo de matarme. No lo harás personalmente, y para quitarte todos los malos impulsos, debo advertirte que en la caja privada de un Banco belga, tengo lacrada

una confesión de cómo te conocí, y cómo planeamos tu viudez. Te entregaré dicha literatura cuando terminemos el asunto de Vanel.

—Es tanto el asco que me inspiras, que si pensé en matarte ya he abandonado esta idea.

—En correspondencia a tu amabilidad, te advierto que Tony Jackson es un novelista aficionado, de profesión investigador de seguros. No tiembles, nena. Nada mejor que tener a tu lado a quien podrá ser el mejor testigo de que eres inocente.

—Si es Jackson lo que pretendes, cuando yo trate a Vanel, se confirmarán sus sospechas.

—Yo me cuido de todo, querida. ¿A qué fuiste a la comisaría?

—No a denunciarte.

—Eso lo sé. Denunciarme sería únicamente mortal para ti.

—Me presenté como estudiosa de Criminología.

—Vaya, ¿sigues buscando alguien para desembarazarte de mí? Estoy ya acostumbrado a la ingratitud. Vamos a concretar. Jackson debe ya saber que estuvimos juntos desde Miami. Por lo tanto, le hablarás de mí. Le dirás que te hago el amor, y que no puedes librarte de mí, porque yo conozco un secreto tuyo, que te desprestigiaría a los ojos de la buena sociedad que frecuentas en América. ¿Comprendido?

—Sí.

—Otra advertencia. El comisario que estaba de servicio, es un mal bicho. No te extrañe lo bien informado que estoy. Ya no estamos los dos solos. Este segundo y último negocio, nos dará la gran fortuna, pero ambos tenemos ahora un jefe. Escucha, Myriam, yo siempre he trabajado solo, si me he decidido a trabajar aceptando un jefe, puedes comprender que se trata de alguien superdotado. Una persona fría, científica, muy bien considerada en la Costa Azul. Me conocía de oídas, y me propuso este asunto de espionaje. Le aseguré que me querías, y que eras la mujer indicada, y que sabrías ganarte la confianza de Vanel. Ayer noche, me informó de la personalidad de tu acompañante, y está encantado de que tengas a tu lado un constante testigo, a quien echarás ceniza a los ojos. Ahora mismo, desde su habitación, puedes estar segura, de que Jackson nos contempla con un largavistas. No puedes negar que es excitante vivir así, engañando a quien nos pretende engañar. Después... adiós, Myriam. Volverás a América, libre y rica.

—No tengo garantías de que después me dejes libre, Milton.

—Tengo la suficiente inteligencia para no estirar demasiado de la cuerda.

—¿Quién es ahora tu jefe... y el mío?

—Lo qué no sabes, nunca te perjudicará. Lo conocerás, entre cuántos irás conociendo. Ahora vuelvo al agua. Si nos encontramos de nuevo, te saludaré, y charlaremos. Y no te olvides de confiarte plenamente a Tony Jackson, tan pronto le veas.

—Esta noche cenamos juntos, y seguiremos visitando Marsella.

—Id al Petanque.

Milton Burns, atlético y elástico, se zambulló, y fue alejándose con segura brazada marinera, de lado. Su rubia cabellera destellaba, dorada, a ras del agua.

Myriam Vandorf poco después, nadaba hacia la playa. Pensaba en Tony Jackson y en Nibdetif, el hermano de Roger Vanel.

Por la noche, cenaba con Jackson en un «bistró» del puerto, oliendo a anisado, ajos, pimientos y cuántos ingredientes componían la cocina meridional.

Estaban en un compartimento en forma de palco, que dominaba el comedor central. Encendió ella un cigarrillo, saboreando el pastis.

—He pensado mucho en lo que ayer me dijo, Jackson. Perdóneme si entonces fui brusca. Me refiero a su alusión al significado de la palabra secretario.

—A veces, confiar algo que nos me íntimamente, es un alivio.

—En mi pasado hay un hecho desagradable. Un amorío de juventud, ciertas cartas... algo que me desprestigiaría en mi círculo social. Y hay un individuo que conoce este secreto. No sé por qué medios se hizo con las cartas.

—Ya... un chantaje.

—No me pide solamente dinero. Quiere casarse conmigo.

—Vaya... Ahora comprendo. Usted desea que alguien pueda desposeer de esas cartas al chantajista.

—Eso es, pero resulta peligroso. Comprenda que puedo pasar de manos de un chantajista exigente, pero cortés, a poder de otro peor.

—Depende.

—Esta misma mañana me dio cita. Me sigue desde Miami; no es un fichado inculto y logró entrar como agente de seguros,

precisamente en la casa donde el infortunado Giano se hizo la póliza. Se llama Milton Burns.

—¿Inglés?

—Americano. ¿Qué debo hacer? Llegué a estar tan desesperada, que pensé en matarle... sí... hasta llegué a esta idea.

—Podemos solucionarlo sin recurrir a tales extremos. Ya idearé algo positivo. ¿Sabe que estoy con usted?

—Sí, y desconfía, aunque he afirmado que se trata simplemente de un antiguo conocido mío, al que he empleado como secretario. Milton Burns es peligroso.

—También yo lo soy —sonrió Jackson—. Cuando pueda, me presenta a Milton Burns. Me gustan los hombres inteligentes. ¿Adónde vamos ahora?

—Hizo usted una lista de todos los sitios típicos.

—Ayer taché los que hemos visitado. Está ahora a continuación el barrio pescador.

—No, por favor, ya huele bastante a pescado la ciudad.

—Sigue el barrio de los cafés deportivos. Los marseleses son muy vehementes, y discuten apasionadamente. Pero tal vez le molestaría recordar a Giano Gruber.

—No. Me gusta mucho el fútbol, y en realidad, fue tan breve mi intimidad con Giano...

De pronto, se truncó su voz en un sollozo, inundándose sus ojos en lágrimas, que trató de restañar con su pañuelo. Murmuró:

—El recuerdo me ha hecho perder el dominio de mí misma.

Se encontraba mísera, vil, prisionera de su temor a la cárcel y a la venganza de Burns. Tenía miedo de ser sincera, porque su egoísmo le impedía abandonar su cómoda existencia. Se enfangaba, pero no se decidía a convertirse en una reclusa y tal vez sentenciada a larga pena, acusada de complicidad en el accidente de Gruber.

Comprendía que Burns la tenía presa en una tupida malla. Tony Jackson apuró su absenta, que para otros era aperitivo, pero para él, bebedor, constituía un tónico cerebral.

Pensaba que Myriam podía ser sincera, y podía también mentir.

—Distráigase, Myriam. Iremos al Petanque, el bar más concurrido de Marsella. A propósito: es precisamente el lugar que frecuenta el agresivo Nibdetif, que debe ser un sujeto pintoresco.

Tony Jackson iba a comprobar pronto que acababa de decir una

gran verdad. El café Petanque era amplio y confortable, con largas banquetas forradas de cuero oscuro.

Se acodaron primero en la barra, y Jackson examinó a los contertulios que formaban grupos en cada mesa. No había una sola mujer, aparte de Myriam Vandorf.

—Sentémonos allí, Myriam. Ahí está Nibdetif, perorando entusiasmado.

Se dirigieron a una mesa, contigua a otra en la que había cinco jóvenes. El que llevaba la voz cantante, oscuro de piel, crespo el cabello, vestido con americana a cuadros, camisa a rayas, pantalón de franela y zapatos de gruesa suela, estaba diciendo:

—... Porque sí, porque lo digo yo, y vosotros sois unos profanos. Y tú el que más —afirmó, señalando con el índice a uno de los jóvenes, que como él, tenía la tez morena—. Pretendes saber dónde tienes los pies, ¿no? Pues yo te digo que cuando yo jugaba, aquello era fútbol. Nada de tácticas ni tonterías. Una pelota y veintidós hombres duros de pelar. Nada de niños bonitos que apenas divisan a su contrario sueltan la pelota a otro, como si les quemara la bota. Aquélla era fútbol.

—Parece como si hablaras de la época de Napoleón, Marc —dijo uno de sus oyentes—. Como si fueras un veterano.

—¡Lo soy, profano! —exclamó Nibdetif.

De pronto miró a la mesa de al lado, contemplando con mueca enojada a Tony Jackson. Se encogió de hombros, comentando:

—Turistas. El tipo me mira como si tuviera yo monos en la cara. Ella es guapa de veras, y tiene pinta de duquesa del dólar o de la libra.

—El francés no lo hablas tú tan solo —observó el de piel también muy morena.

Tony Jackson, sonriente, intervino:

—Perdonen si hablo mal, pero entiendo, y no se molesten. Me interesaba la conversación. ¿Puedo invitarles, señores?

—Gracias. Aquí no funcionó el plan Marshall —gruñó Nibdetif.

—No seas grosero, Marc —reprendió el otro—. Es mi hermano, ¿saben? Un buen chico, pero algo bruto. La señorita perdonará...

Myriam Vandorf sonrió con melancolía no fingida.

—Mi esposo era un buen futbolista.

—¿Ah, sí? —preguntó, interesado, Marc Vanel—. ¿Era...?

—Murió recientemente en un desgraciado atropello, en Berna.

—¡Gruber, Giano Gruber! Ah, pues... ¡Mala suerte, señora! Ya decía yo que su cara me recordaba algo... Los periódicos...

Nibdetif se sintió amable. Dijo:

—Gruber le daba bien al balón. Era como yo. Éste, mi hermano, es también defensa, y cuando me haga caso, llegará lejos.

La conversación se generalizó. Se marcharon los otros tres, y, por último, Vanel también se levantó.

—Tanto gusto en haberles conocido, y espero que el domingo vendrá al partido, señora.

—Sin falta.

Nibdetif, a solas con ellos dos, gruñó:

—Va a platicar con su novia Mireya. Bueno, ahora pago yo esta ronda, yanquis. Sois simpáticos los dos.

Y oiga, señora, si usted quiere conocer cosas típicas, con todo el respeto, yo soy el amo.

Entraba Milton Burns que se acercó, para inclinarse ante ella.

—Buenas noches, Myriam. Te vi, y he entrado.

—Hola, Burns. Estos caballeros son Tony Jackson, mi secretario, y el futbolista Marc Vanel. Siéntate. Precisamente, yo me disponía a aceptar la invitación de Vanel, que me propone una excursión pintoresca.

—Y soy todo un caballero —subrayó el achispado argelino—. Cuando quiera, señora.

—Dentro de una hora, volveré aquí —anunció ella, levantándose.

Quedaron a solas los dos americanos. Comentó Burns:

—Myriam sabe defenderse, pero no debería haber salido con ese embriagado sujeto, que tiene cara de asesino.

—Nunca la cara es el espejo del alma, dicen los filósofos.

—Los que escriben no viven sino aventuras ajenas.

—Salvo cuando escriben después de haber vivido las propias.

—Es posible, pero no confío en la psicología escrita.

—Voy a darle una prueba contraria a su alegato. Si desde temprana edad, uno se dedica a observar el libro de la existencia, se llega a percibir signos invisibles para los distraídos. No es un rasgo facial ni la voz ni la apostura física, sino algo más indefinible, lo que se puede leer en determinadas personas dotadas de especial

marchamo.

—Léame.

—Es fácil. Un viajero infatigable, carente por completo de esa misteriosa sustancia llamada conciencia.

—No está mal... sobre todo cuando, de antemano, y siendo secretario de la señora Vandorf, ella puede haberle dicho la relación que nos une. No sé si ella le habrá considerado digno de ser su confidente, pero es posible.

—Usted, hombre de mundo, está convencido de que la moraleja que pregona el castigo del delincuente, es una leyenda. Usted, sabedor de que posee un talento especial, mal encauzado, tiene también presunción de suponerse a salvo de toda represalia.

Bostezó delicadamente Burns, cubriéndose los labios con el reverso de los dedos. Tony Jackson añadió:

—Terminará mal, Burns.

—¿Es amenaza o profecía indiferente?

—Un comentario acerca de que el peor enemigo del hombre inteligente es creerse infalible. Y ahora, adiós. Esperaré a mi patrona en otra mesa, porque no me es usted simpático.

—A la recíproca, Jackson.

Ocupó Jackson una mesa alejada, y Burns al cabo de unos instantes, abandonó el bar.

Entretanto, Marc Vanel se exhibía orgullosamente acompañando a Myriam Vandorf. Tenía un raro instinto, que le advertía que la americana no era una frívola buscadora de aventuras amorosas.

Pero se sobresaltó cuando ella, en el palco de un teatro de vodevil, murmuró:

—Usted es el hombre que necesito, Marc.

La sala desbordaba en carcajadas viendo en la escena los apuros de un hombre escondido bajo una cama.

Marc Vanel truncó su carcajada, dejando de mirar al escenario. Terminaba el segundo acto, y el público masculino se dirigía al vestíbulo.

Myriam Vandorf tenía solo una obsesión: librarse de Milton Burns y a la vez, no perder su libertad.

—Es muy importante lo que quiero confiarle, Marc. Yo sé que tiene usted muchas relaciones con el hampa. Sé que ha estado varias veces en la cárcel.

—Estuve en la cárcel por romper la cara a otros, pero hasta ahora nunca por dar un trompazo a una mujer... y vamos camino de ello.

—Recurro a hablarle así, porque estoy desesperada, y usted es un hombre decidido y cabal.

—Eso sí. ¿Qué más?

—Hay un individuo que me somete a chantaje. Yo pertenezco a un círculo social, donde no podía volver si este chantajista, se valiera de una carta mía comprometedora. Esta carta la tiene en un Banco belga, y usted, Marc, podría hablar con algún conocido, al cual yo le pagaría bien si me conseguía esta carta.

—Yo no soy «revienta-cofres».

—Pero conocerá a alguno que por... digamos cincuenta mil dólares, hiciera este trabajo. Es una caja privada.

—¡Sopla! ¿Cincuenta mil, dijo? Por este precio, hay quien es capaz de fundir la torre Eiffel.

—Si yo consiguiera tal carta, entonces, le revelaría toda la maldad del chantajista. Fue algo que en cierta forma le produciría a usted un justo afán de... pero no anticipemos las cosas, Marc. Como ve, yo tengo plena confianza en usted, porque un comisario de policía, que conoce muy bien a los hombres, aseguró que usted es agresivo, pero es incapaz de mala acción, y menos contra una pobre mujer.

—Eso sí. Puedo probar de convencer a un conocido. Dígame de qué Banco se trata, y cómo se llama el tipo del chantaje.

—Milton Burns, y sólo me dijo que la carta estaba en un Banco belga.

—Veremos a ver si estos datos bastan. No crea que es la primera vez que oigo hablar de inglesas y americanas que buscan un tipo de confianza para resolverles papeletas de esta clase. Ahora volvamos al bar, y mañana le diré si la cosa se puede arreglar.

—Gracias, Marc. ¡No sabe usted cómo se lo agradeceré! Sin titubear he pensado en usted, porque sé que no se valdrá de dicha carta, para hacerme chantaje a mí. Usted no es de esta calaña.

—Seguro que no —afirmó, sinceramente el argelino—. Y después, no se apure, que yo me encargo de desmontarle el físico, pieza por pieza, a este cochino Burns... y de balde. Yo soy así.

—Mañana, ¿dónde nos vemos?

—En el Petanque, a la hora del pastis.

Se despidieron a la puerta del bar, y Jackson acudió.

—Un buen muchacho este argelino. Estoy cansada, Jackson.

—Parece usted contenta. Y, sin embargo, yo no sé por qué, me figuro que cada vez se complica más la existencia. Hágame caso: confíe en mí, y tal vez recupere usted su tranquilidad. ¿No me contrató de secretario? Confíe pues.

—Si le necesitase, ya se lo advertiría.

—Pero tal vez será tarde cuando lo haga.

—Hasta mañana, Jackson.

—Como usted diga, Myriam.

El persuasivo Burns estaba hablando con alguien en el interior sin luz de un coche dos plazas.

—Está nerviosa, pero no puede comprometemos, se lo aseguro. Tengo ya bien preparada una argumentación para el caso en que ella cometiera alguna tontería.

—Que así sea, Burns. No debe fallar el asunto de Vanel.

—No fallará.

Bajó Burns del coche, que partió hacia Niza.

## CAPÍTULO VII

En ciertas islas del Pacífico, los blancos se abandonaban a una completa desidia, viviendo en chozas, vistiendo como los indígenas, en pleno desaliño, y entregados a una indolencia casi enfermiza... y parecían felices.

Los funcionarios de las mismas islas, que aún seguían aferrados a las conveniencias sociales, al comentar aquella rudimentaria existencia en que vegetan oíros blancos, dicen de ellos que se han «encanacado».

Pero también había seres encanacados en la Costa Azul. Pertenecían antes a diversas esferas sociales, y empezaron por encontrar placentero el clima, después la comodidad de ir por todas partes en alpargatas, pantalón corto y una sencilla camisa, y por fin, se instalaron en alguna de las islitas a corta distancia de la costa.

Islitas donde no había casino, ni *dancing*, ni hoteles lujosos, sino humildes pescadores. En una de estas islitas, la de Menfiche, un trío extravagante se hizo construir un modelo económico de chalet reducido, con cuatro habitaciones en la planta baja, y una especie de granero estudio en el alto.

Los pescadores les llamaban los hermanos Plessis. El pequeño chalet estaba casi oculto entre pinares, en la falda de la loma que terminaba en una playa, al sur de la isla, a la otra parte de donde se hallaba el poblado pesquero.

El mayor, que peinaba canas, veíase alguna vez por los alrededores del poblado, instalado con trebejos de pintor, empastando una tela con chafarrinones. El menor, acudía una vez por semana a las tiendas del poblado, efectuaba la compra de provisiones. Le llamaban Bebert, su hermano mayor, que contestaba al nombre de Jojo.

Del chalet a la playa, y del mar al chalet, era el único recorrido que hacía el tercer Plessis, que contestaba al nombre de Dedé, una

muchacha extremadamente femenina, como nacida para la caricia.

Por dos veces la policía de Marsella, había venido a someter a largos interrogatorios a los hermanos Plessis, a raíz de algún robo sin violencia, que había tenido lugar en algún Banco de la costa.

Pero los hermanos Plessis habían podido demostrar su completa inocencia, al menos en los dos robos en cuestión.

Juraron que desde el año 1963, en que los dos varones ingresaron en presidio para cumplir cinco años de condena, se habían apartado del mal camino, y que ahora vivían apaciblemente, gracias a la herencia dejada por una tía lejana.

Lo que callaban era que ya la herencia tocaba a su fin, pero que no se decidían a volver a trabajar, mientras no encontrasen el gran golpe.

Cada domingo, los dos hermanos iban a Marsella, porque eran aficionados al fútbol, y así conocieron a Marc Vanel, con el cual adquirieron confianza.

La suficiente confianza para que Marc Vanel, de vez en cuando, viniera a comer con ellos, intentando en vano conquistar a Dedé, la cual afirmaba misteriosamente que sólo se casaría con un hombre joven y fuerte, que fuera a la vez dueño de un motovelero.

Se rumoreaba que Dedé Plessis era una inocente, es decir, que no andaba muy bien de la cabeza, y esto parecía confirmarlo su firme declaración de que sólo se casaría con un hombre joven y fuerte, que fuera dueño de un motovelero.

Pero este misterio iba a aclararse, a raíz de la visita que Marc Vanel haría a los Plessis a la mañana siguiente de conocer a Myriam Vandomf.

Llegó el argelino en uno de los lanchones pesqueros que había ido a descargar su cosecha nocturna en La Ciotat.

Desde el poblado hasta el chalet habitado por los Plessis, había una hora de camino. A veinte minutos de marcha, encontró a Jojo, que sentado en un plegable, trataba de reproducir, según su concepto visual, la marina que se extendía a sus pies.

—Hola, Jojo.

—Hola, Nib.

—Traigo un buen asunto.

—Por oírte, nada se pierde.

Abandonando sus trebejos, Jojo Plessis, alto, robusto y de rostro

huesudo y poco amable, echó a andar seguido por Vanel.

En la concha de pinares, terreno propiedad de los Plessis, adquirido a muy bajo precio, Dedé se tostaba al sol con un bikini de escasísima tela.

Marc Vanel suspiró, sin comentarios, prefiriendo apartar la vista, y continuar bordeando la loma, hasta llegar al chalet, donde Bebert Plessis cocinaba el almuerzo.

Bebert, dotado de buenos músculos y de un rostro bestialmente feo, tenía a gala ser un talento culinario, y no quería injerencias de nadie en sus guisos.

—Hola, Bebert.

—Hola, Nib.

Entró el argelino en la sala desde la que se divisaba él mar, y que servía de comedor.

—Tú dirás, Nib.

—Yo me contentaré con un diez por ciento, por ser el que trae el gran golpe. Una cosa fácil, y productiva.

—Todo es fácil antes. Pero tú no eres ningún necio.

—Una americana, viuda de Gruber, el internacional que jugaba en el equipo suizo, ha caído bajo las garras de un chantajista. Está desesperada, y se caló que yo era de fiar. Me dijo anoche que como yo conocía a gente de agallas, podía tal vez rescatar la carta que el chantajista tiene en un Banco belga, en una caja privada.

Al oír la mención de un Banco, Jojo Plessis hizo un gesto maquinal. Pulimentarse las sensibles yemas de los dedos contra la tela de su camisa.

—El tipo se llama Milton Burns.

—Hace años que nos hemos retirado del oficio Bebert y yo.

—Pero tú afirmaste que si alguna vez se presentaba algo sólido, la cosa cambiaría. Y esto es sólido, Jo. La yanqui paga cincuenta mil dólares.

Joseph Plessis se pasó la lengua por los labios, atacado de repentina sed. Levantándose cogió un frasco de Banyuls, y sirvió en dos vasos. Marc Vanel paladeó su vino con deleite.

Jojo Plessis emitió un breve silbido. Fuera se oyeron dos silbidos. El hermano mayor convocaba a reunión.

Entró primero Bebert que se instaló en silencio, tras comentar:

—El arroz reposa. Dispongo de diez minutos libres, Jojo.

Se oyeron pasos ligeros, rápidos. Apareció Dedé con sandalias amarillas, falda verde y blusa roja, acabando de retorcerse los negros cabellos bajo el pañuelo azul de lunares que se anudó en dos picos sobre la cabeza.

—Aquí, Nib acaba de hablar con bastante tino. Una americana paga cincuenta mil dólares para rescatar una carta que un fulano llamado Milton Burns guarda en la caja privada de un Banco belga. Nib se contenta con cinco mil de comisión. ¿Qué te parece, Bebert?

—Nib no habría venido si la yanqui no estuviera dispuesta a soltar la pasta. Pero hay que hacer averiguaciones hasta saber en qué Banco belga hay que palpar la caja. Después, el plano del Banco que nos costará algunos billetes. El viaje, la estancia y el regreso.

—Eso es —aprobó el hermano mayor—. Dile a la yanqui, Nib, que para ponemos a trabajar necesitamos un anticipo. Bastarán cincuenta mil francos a descontar del pago final. Bien entendido, no tienes por qué hablar de nosotros.

—No soy ningún palomino, hombre —se quejó Vanel.

—Quédate a comer.

—No puedo. He de verme con la yanqui a la hora del aperitivo.

—Entonces, ven a cenar.

—De acuerdo. Hola, Dedé. ¿Siempre tan arisca?

Ella rió, y en sus mejillas se ahondaron dos hoyuelos. No dijo nada.

El argelino se levantó, suspirando. Se fue.

Los dos hermanos bebieron en silencio, mientras Dedé traía la paellera, disponiendo la mesa.

—Huele bien —comentó Jojo—. Trae el blanquillo de Pouilly que puso Bebert a refrescar.

Empezaron a comer. Mientras devoraba un muslo de pollo, Jojo miró a su hermana.

—Quedas tú por oír.

Sugirió ella con su voz honda, sensual:

—El que tiene la carta que vale cincuenta mil, tiene también un llavero. Sería fácil entrar en su hotel o en su piso, y quitarle el llavero y la documentación. Tampoco estaría de más mantenerle aquí, quieto, hasta terminar el trabajo. Después, ya no irá a contarle a la policía.

—Nos ahorraríamos comprar el plano, trabajar de noche con

riesgo, dejar algún rastro... No está mal —opinó Bebert.

Jojo soltó el hueso mondado. Se limpió los incisivos escarbando con la larga uña del meñique.

—Si Milton Burns trabaja solo, bueno. Pero supongamos que forma parte de una banda. Se nos echarían encima.

—Con los cuarenta y cinco mil podemos irnos lejos. Y sería una realidad nuestro gran proyecto, ¿verdad, ingenua?

La «ingenua» sonrió murmurando:

—Un motovelero por hogar y desde Tananarive hasta Marsella sacaríamos un buen vivir.

—Con cuarenta y cinco mil no tendríamos el moto-velero adecuado. Y además, el modo de hacer dinero es comprando al contado la primera carga. Ser nosotros nuestros propios armadores. Para esto hace falta un rato más de pasta.

Asintió Bebert haciendo gárgaras con un sorbo de vino. Después dijo:

—Si la yanqui suelta cincuenta mil por la carta es que valdrá por lo menos tres veces más.

—Esto sería engañar a Nib.

—No. Le daremos su parte. Pidió el diez sobre cincuenta. Le daremos el diez pongamos... sobre doscientos mil. ¿Qué te parece, Jo?

—Hace nueve años que vivimos aquí, en paz, reposadamente. Si hemos de trabajar que sea con la remuneración apropiada. Con doscientos mil, en África seremos armadores.

Dedé opinó:

—La yanqui puede dar cincuenta mil por la carta, pero a lo mejor resulta difícil sacarle doscientos mil.

—Depende. Hay que documentarse con *planning* y *marketin*. Vete a Marsella, Bebert. Coge los periódicos atrasados que hablen de la muerte de Giano Gruber.

Entonces, lo leí por encima, pero me parece recordar que la viuda cobró un buen lote por el seguro. En camino ya, Bebert, y pronto aquí. Tú, Dedé, trata de informarte dónde reside Milton Burns. Llama a todos los hoteles. Andando. Pronto aquí.

Los dos hermanos menores se fueron. Jojo Plessis volvió a su tarea, rellenando de pegotes diversos el lienzo.

A las seis de la tarde habían regresado ya Bebert y Dedé. Ésta

afirmó que Milton Burns no se hospedaba en ningún hotel ni fonda de toda la Costa Azul.

Jojo subrayó con la uña el párrafo del periódico que especificaba la cantidad cobrada por la viuda del futbolista Gruber.

—Al cambio, esos francos suizos dan cuatrocientos mil dólares. No seremos pues exigentes pidiendo la mitad. Ahí viene Nib.

El argelino, tras suspirar saludando a Dedé, extendió sobre la mesa cincuenta billetes de mil francos.

—Como ésos. La yanqui tiene plena confianza en mí.

—Va bien. ¿Dónde vive Milton Burns?

—Pensé que este dato os podría servir, y lo pregunté a la yanqui. Ella no lo sabe, y cree que Burns no se aloja en un sitio fijo, sino que va y viene.

—¿Va y viene? Ya. Un tipo precavido. Mejor. Si va y viene, y por casualidad diéramos con él, si estuviera unos días ausente, no llamaría la atención. ¿Trabaja sólo el tipo?

—Sí. La yanqui afirma que es un lobo solitario.

—Mejor que mejor. Lo difícil, si pudiéramos meterle mano, es traerle aquí. Vamos a pensar en ello, Bebert. Trae un pisolabis, Dedé. Si meditamos paso a paso la caza de Burns, tenemos el dinero en el bolsillo.

Milton Burns informó al que llevaba el volante.

—Roger Vanel parece encantado cada vez que se enfrenta con Myriam. Creo que pronto estará en condiciones, porque es mucha la seducción de ella.

—Pero usted no sucumbió a dicha fascinación.

—No gusto de la mujer cultivada y que se cree superior.

—¿Ha pensado que Myriam puede buscar el medio de hacerle desaparecer?

—No lo hará, desde que sabe que en cierta caja privada hay un escrito que al ser abierto a mi muerte, la llevaría a peor fin que el mío.

—¿Peor que morir?

—Un balazo es misericordioso, pero verse ante un tribunal, esperar la sentencia, es agonía doble para una orgullosa aristócrata como ella.

—Llámeme como de costumbre, cuando haya novedades.

El coche partió y Milton Burns fue a instalarse en la terraza de

un cafetín en La Canniebiere, la avenida marítima.

No se jactaba en vano de afirmar a Myriam Vandorf que las mujeres no tenían presa sobre sus sentidos ni su alma. Al menos, no le dominaban más que fugazmente.

Miró primero con indiferencia a la mujer que ocupaba una mesa más allá de la suya. Era una joven de la que emanaba un indefinible hálito de primitiva sensualidad.

Tenía rasgos faciales de querubín. No precisaban de carmín sus gordezuelos labios, ni de *rimmel* sus negras pestañas. Su vestido chillón era un acierto porque avaloraba un cuerpo elástico, macizo, denotando que tampoco precisaba de maquillajes interiores.

Su cabello negro formaba curiosos arcos en su frente y sienes. No miró una sola vez hacia Milton Burns.

Cuando el camarero acudió le dijo ella:

—Si tarda diez minutos más en venir, me voy. No tengo por qué esperar a un hombre.

El camarero se encogió de hombros. La voz de ella brotaba de mucho más hondo que de su garganta.

Milton Burns sintió un desasosiego especial mientras con furtivas ojeadas comprobaba que iban transcurriendo los diez minutos.

Se levantó para inclinarse ante la solitaria muchacha.

—Es tarde ya y le agradecería me permitiese sentarme a su lado.

Dedé Plessis adoptó un aire de ofendida sorpresa. Su hermoso rostro bobalicón, aceleró la sangre en las venas de Burns.

—Estoy sola, caballero... Claro, que usted es extranjero, y esto ya es distinto. Puede sentarse, pero me voy pronto. Y si viene mi amigo, a lo mejor se enfada con usted.

—Correré el riesgo. ¿Puedo invitarla a tomar algo?

—Nata y fresas —rió ella, golosa.

Una risa honda, que volvió a estremecer las fibras sensuales del americano que pidió para él un *whisky* doble con hielo.

Ella devoró fresas bañadas en nata, y al terminar se pasó la sonrosada lengua por los labios manchados, sonriendo gentilmente.

—Tomaría otro platillo, si me invita usted.

—¡Camarero! Lo mismo para cada uno —y señaló Burns su alto vaso y el plato vacío—. Me llamo Milton.

—Yo Dedé. ¡Ah, los hombres! Ve, eso me pasa por ser buena. Me dijo mi amigo que vendría sin falta y me deja plantada.

—Eso es imperdonable.

—¡Claro! Y yo vivo lejos. No vivo en la ciudad.

—No se preocupe, Dedé. Yo la acompañaré.

Rió ella, fijando sus luminosos ojos negros en el americano.

—Bueno, le dejaré que me acompañe, pero sólo hasta la ribera.

—¿Hasta la ribera?

—Vivo en una isla con mi hermanito pequeño, en casa de unos pescadores, y a las once, la última canoa sale de la ribera. Bueno, aquí llamamos la ribera al muelle de pescadores.

Se calló para devorar la segunda ración de nata y fresas, mientras Milton Burns apuraba su segundo *whisky* doble con hielo.

Descruzó ella las piernas, recogiendo su bolso.

En pie, le faltaba poco para rozar la misma altura que Burns. Cuántos estaban en la terraza, miraban con ávida ojeada la espléndida figura de Dedé Plessis.

Burns pagó y echó a andar tras ella, hasta colocarse a su lado.

—Podríamos ir a tomar unas copas donde quisieses, Dedé.

—¡Alto! Sin tomarse familiaridades. Yo soy una chica decente. Cuidado con confundirme. Una cosa es que acepte una invitación, y otra es que usted se crea otra cosa. En Marsella todo el mundo sabe, que Dedé es una chica decente. ¡Faltaba más...!

—Bien, bien, no se enoje —atajó Burns, cada vez menos dueño de sí mismo.

Acostumbrado a frecuentar Evas refinadas y cultas, sólo encendían su sangre mujeres plenamente mujeres, tal como la que ahora, recogía velas.

—No me enoje, Milton. Era para poner las cosas en su sitio.

—Me agradaría conocer su isla.

—Es preciosa. Muchos pinares, césped blando, caminitos graciosos, playas pequeñas y silenciosas. Yo vivo fuera del poblado.

—Tiene las manos muy finas.

—Es que me las cuido. No cocino ni friego, y si alguna vez lo hago, me pongo guantes. Me cuido.

—Me gustaría acompañarla hasta su casa, Dedé. Prometo ser un caballero sin tacha ni reproche.

—Usted no es feo y parece correcto. Además, le advierto que tengo uñas y muerdo. No intente sobrepasarse cuando vayamos por los caminitos graciosos, porque soy muy arisca si me tratan mal.

—¿Y si la tratan bien?

—¡Ah, entonces...!

Y sin acabar su frase, ella rió con su especial timbre de voz. Milton Burns tragó saliva.

Ella señaló una escalera en el amplio muelle.

—La lancha aquélla es la última. El pasaje cuesta diez francos cada uno.

Entró Burns en la lancha, sentándose junto a Dedé. Se aproximó Bebert Plessis tendiendo la diestra.

—Diez francos por barba —dijo secamente.

Ella volvió a reír. Le causaba gracia su hermano haciendo de cobrador en aquella lancha, propiedad de los Plessis.

Entregó Burns veinte francos.

—Vámonos, Bebert —indicó ella—. ¿A qué esperas? Ya no vendrá más pasaje.

Puso en marcha el motor Bebert Plessis. Luego apoyó un bichero en la piedra para separar la lancha y se instaló a la palanca.

Dedé seguía junto a Milton Burns.

La lancha abandonaba ya el muelle, penetrando en mar abierta. Una sola linterna iluminaba el casco largo de la rápida embarcación.

Un cielo estrellado endoselaba la bóveda sin nubes ni luna. Miríadas de estrellas surcaron en todas direcciones ante los ojos de Milton Burns, estallando como un brusco y repentino fuego de artificio, cuando en su cráneo chocó la llave inglesa manejada por Bebert Plessis.

Dedé anunció:

—Cayó al momento. Y luego dicen que los americanos son fríos. ¡Ah, los hombres...!

—Calla, boba. Ayúdame. Coge la palanca, boba.

Mientras ella obedecía, Bebert maniataba las dos muñecas del desvanecido, doblándole los codos a la espalda.

Comentó Dedé:

—Sangra mucho, Bebert. A ver si lo has matado.

—¡A callar, boba! No vas tú a enseñarme a cascarle la cresta a un tipo. No le pegué a matar.

Regresó a popa y empuñando la palanca, añadió:

—Moja un trapo en el mar y ponle compresas. Nada mejor para

curar que el yodo y la sal.

Arrodillada, Dedé murmuró:

—Es guapo este americano. Me agradecería que tuviese un motovelero.

La brisa de la noche y la fortaleza natural de Burns, le habían hecho recuperar el sentido, pero mantenía los ojos cenados, apoyada su cabeza en la falda de Dedé.

Oyó su extraño comentario. Ella continuaba:

—Le has hecho un corte feo, Bebert. Jo no te dijo que pecases tan fuerte.

—Calla, boba.

El motor dejó de petardear, y la lancha se deslizó en su último impulso, inmovilizándose en el embarcadero de la playa de los Plessis.

El hermano mayor aferraba la borda. Milton Burns seguía simulando el desvanecimiento.

Anunció Dedé, levantándose:

—Cayó enseguida. Es guapo. Me invitó a dos platos de nata y fresas. Lo hice todo como me dijiste, Jo.

—Bastaba que fueras natural, con tu mezcla de gazmoñería y descaro. ¿Puedes cargar con el americano, Bebert?

—Pesa. Ayúdame, Jo.

Entre los dos hermanos, Burns pasó a la playa. Por los sobacos le llevaba Jojo Plessis.

—Sangra, pero no está sino atontado.

—En el granero le pondremos alcohol y parche. ¿Lo has registrado, Bebert?

—Todavía no.

Fue convenciéndose Burns de que había sido objeto de un atraco muy marsellés llamado «Gato», porque empleaban como cebo lo que en el hampa marsellés se llamaba un ratón: *une souris*, una hermosa muchacha.

Poco después, notaba en sus espaldas la dureza del suelo. Parpadeó fingiendo volver en sí. Estaba en un granero, de pequeñas ventanas defendidas por barrotes de hierro.

Había poco mobiliario, y parecía el taller de un pintor.

Numerosos cuadros se alineaban por los tabiques, vueltos de cara. Arrodillado a su lado, Bebert le estaba aplicando alcohol en la

brecha, mientras su hermano esperaba con un rollo de esparadrapo y unas tijeras.

Dedé sentada en un rincón sobre un taburete, sonrió al ver la mirada de Burns.

—Lo siento, Milton. Eres guapo y yo...

—A callar, boba —atajó Bebert levantándose, y empujando a Burns contra el tabique, hasta sentarlo.

Lo fue registrando concienzudamente, mientras Jojo Plessis aplicaba dos tiras de esparadrapo en cruz sobre la herida.

—Aquí está todo lo que lleva encima —anunció Bebert.

Su hermano miró el llavero, examinando con atención las llaves. Después ojeó el pasaporte, licencia de conducir, carnet de agente de negocios, credencial de agente de seguros, y la chequera.

Por último hojeó una agenda, leyendo en voz alta en una de las páginas las diversas direcciones bancarias:

«... Crédit Lyonnais, de Paris; Berna National...».

¡Ah, ah, también tenemos cuenta en el Colonial de Amberes! Bien, esta misma noche me cambiarán la foto del pasaporte y carnets. No te apures, Burns, que te devolveré todo en orden. No imitaré tu firma, porque no sé. Iré tan sólo a echar un vistazo a tu caja privada del Banco belga. Después, tan amigos. Cuando hayamos cobrado de la yanqui, te dejaremos libre. Lo mejor será que no nos busques nunca las cosquillas. Ahora, a ser buen chico. Estarás aquí, bien cuidado.

Bebert te traerá comida y bebida. ¡Ah, y tú, Dedé, no subas aquí para nada!

—Ya me cuidaré yo de que no suba —declaró hoscamente Bebert.

—Ni falta que hace. El americano es guapote, pero vosotros sois mis hermanos, y siempre os he obedecido, ¿no?

Se fueron los tres, cerrando la puerta. Milton Burns quedaba atado por las muñecas y tobillos a una barra de hierro de la pared. Crispó los puños.

Volvería a verse con Myriam Vandorf.

Jojo Plessis vistiendo sobriamente de gris, depositó con gesto indolente, el pasaporte y el carnet de agente de negocios de Milton

Burns.

El cajero del Colonial Bank, de Amberes, examinó la foto, y preguntó:

—¿Desea retirar fondos, míster Burns?

—No. Simplemente depositar unos documentos en mi caja privada.

El cajero llamó a un ordenanza, que acompañó a Plessis al sótano, donde se detuvo ante una hilera de cajas pequeñas.

Plessis introdujo la llave marcada con un número, el dieciséis, en la cerradura especial de la caja del mismo número. Abrió. Había dos estuches y una cartera de documentos.

Recogió las tres cosas, colocando los dos estuches en sus bolsillos, y la cartera bajo el sobaco.

En el tren de regreso a París, en su litera, Jojo Plessis abrió los dos estuches. Contenían brazaletes de oro macizo. Silbó con alegría. Y entonces se dedicó a examinar el interior de la cartera, hasta que encontró un sobre lacrado en cuyo anverso decía:

«Para entregar a la Interpol en caso de muerte».

Rasgó Jojo el sobre, y empezó a leer, con progresivo asombro, lo que había escrito Burns. Al terminar silbó, pero con gran perplejidad retratada en el rostro.

Creía que se trataba de un chantaje del tipo erótico, pero descubría que era muy distinto el secreto de Myriam Vandorf.

Valía sobradamente los doscientos mil dólares.

Al abandonar el expreso belga, Joseph Plessis compró en la librería de la estación, un buen pergamino y una barrita de lacre.

Volvió a sellar en el nuevo sobre la declaración escrita por Burns, anotando en el anverso con letras mayúsculas, las mismas palabras del sobre roto y quemado.

En París tomó el tren Azul, y rebosante de satisfacción, penetró en el chalet de la isla Menfiche.

Dedé le besó en ambas mejillas, manifestando:

—No he ido una sola vez arriba, Jo. Yo soy obediente.

—Así me gusta. Hola, Bebert. ¿Dio trabajo el americano?

—En absoluto. Bebe, come y calla.

—Vete a buscar a Nib.

Joseph Plessis subió al granero. Milton Burns seguía atado, pero

en forma distinta. Podía tender ante sí las piernas y tenía las manos libres, pero los codos fuertemente atados, tras las espaldas.

Joseph Plessis, sin decir nada, fue rellinando los bolsillos con los objetos pertenecientes a Burns.

—El cambio de fotos se ha hecho pulcramente. Bien, vamos a charlar, Burns, de hombre a hombre. A mí me importa muy poco que mates a Giano Gruber en complicidad con la Vandorf, y que te dispongas a hacer lo mismo con Roger Vanel. Éste no se casará con la Vandorf, porque quiere mucho a su novia Mireya. Yo y mis hermanos nos iremos lejos. No nos busques nunca las cosquillas, o te pesaría. Tu chivatazo *post-mortem* se lo venderé a la Vandorf y después, allá vosotros dos. Creo que todo está lo suficientemente claro, ¿no?

—Perfectamente claro, Jo. El negocio es el negocio.

—Con una diferencia. Yo no mato, si no me obligan a ello.

—¿Puedes ya soltarme?

—Todavía no. Lo haré cuando quede lista la operación con la Vandorf. Un par de días, a lo más.

Dos horas después, llegaba Marc Vanel y el mayor de los Plessis se golpeó el bolsillo de la sahariana.

—Aquí tengo la mercancía. Dile a la americana que mañana, a las nueve, esté en el Petanque.

—Pueden verte con ella. Ya sabes que la policía...

—No me importa que acuda con doscientos policías. Sé lo que me traigo entre manos, Nib.

A la mañana siguiente a las nueve, Myriam Vandorf, en compañía de Marc Vanel miró con curiosidad a Joseph Plessis, que ceremoniosamente, hizo una leve reverencia antes de sentarse.

—Iré inmediatamente al negocio, señora, al estilo yanqui. Tengo el documento por el que ofrece cincuenta mil, que supongo trae consigo.

—Sí.

—No me agradaría, que después viniesen a preguntarme de dónde saqué el dinero.

—Es natural —aprobó Marc Vanel—. Es natural. La policía es muy preguntona.

—Usted, señora, ante notario, esta misma mañana, firmará la escritura provisional de compra de mi chalet playero, terreno

adyacente, mobiliario, y lancha, cuyas llaves le entregaré puesto que mis hermanos lo han desocupado ya. Pensamos ir a Madagascar, deteniéndonos primero en el Senegal para comprar un buen motovelero.

—Muy bien pensado. Una compra en todo orden —comentó Vanel.

—Pero... su propiedad, señor... y mi documento, todo por cincuenta mil...

—Hablemos claro, señora mía. Nib, aquí, presente, me habló de algo que parecían ser pecadillos de niñata aristocrática, y de ser así, cincuenta mil quedaba bien pagado. Pero hubo engaño. Y usted lo sabe. Yo también, pero soy una tumba. Usted quedará en posesión de mi chalet y su documento, cuando ante notario declare y firme que me compra mis propiedades y veintidós cuadros al óleo por la irrisoria cantidad de doscientos mil dólares para mí, y veinte mil para Nib, como agente intermediario.

—¡Jo! Yo di la cara.

Marc Vanel gruñía con la frente baja, como dispuesto a embestir, al agregar:

—Ella quedó en pagar cincuenta. Tú aceptaste, y ahora estás jugando sucio. ¡Te voy a romper la crisma!

Myriam Vandorf puso su mano sobre un hombro de Vanel, diciendo apresuradamente:

—Nada de violencias, Marc. El señor tiene razón. Mi secreto vale los doscientos veinte mil que pide.

—Así se habla —aprobó Plessis—. Y es una buena operación, señora, si se tiene en cuenta que apenas firme ante notario, le entregaré las llaves, con derecho a todo, incluidos veintidós cuadros que son obras maestras. En el granero, hay un modelo de cerdo precioso. Un cerdo rubio, y en fin, ya conocemos el refrán: muerto el cerdo, muerta la rabia.

Palideció Myriam Vandorf. Había comprendido la alusión a Milton. No así Marc Vanel, que farfulló:

—No acabo de ver claro, Jo.

—Tampoco te hace falta. Ganas veinte mil muy legalmente. Cuando quiera, señora, vamos al notario que tiene mi escritura de propiedad del chalet. Aquí llevo una lista nominal y numerada de mis veintidós cuadros.

—Pero ¡si tú pintas lo mismo que un asno al que le atasen un pincel al rabo! —exclamó sinceramente extrañado Vanel.

—Eres un profano, Nib. La señora ha visto mis cuadros, y los considera dignos de un museo. ¿Vamos al notario, señora? Tú sobras ahora, Nib. Al mediodía aquí.

En la calle, ella murmuró:

—Usted ha leído falsedades, señor.

—Es muy posible, y las he olvidado. De eso puede estar segura. No sé si fue usted quien engañó a Burns o él a usted. Me inclino por creer esto último, y por eso soy benévolo. Hablemos de mis cuadros... ¡Caray!

Acababa de interponerse un individuo ante ellos dos. El comisario Mars saludó:

—Buenos días, señora Vandorf. Ignoraba que conociese a mi muy conocido Jo Plessis.

—Mis cuadros, comisario, han encontrado ya un fino espíritu. La señora quería comprar un chalet bien situado y aislado del ruido mundanal. Vino a mi chalet. Le gustó, y se entusiasmó con mis cuadros. Vamos ahora al notario a formalizar la escritura.

—Tu chalet y todo lo demás, bien pagado, apenas valen doscientos mil francos. Al cambio, diez mil dólares, señora.

—Para un espíritu materialista como el suyo, sin ofender, comisario, tal vez. Pero yo estaba encariñado con aquel rincón, y no lo hubiese vendido ni por un millón. Ahora bien, el dólar es el dólar, y los argumentos de la señora me convencieron. Veintidós cuadros maravillosos, comisario.

—Puede ser —concedió el policía.

Pensaba en lo muy caprichosos americanos que habían enriquecido a pintores, cuyos cuadros para él, eran espantosos engendros incomprensibles que no valían un pitoche. Se despidió.

También el notario pensó lo mismo.

A las doce y cinco minutos, en la calle, Jo Plessis entregaba el sobre lacrado.

—Por la noche, nadie la verá cuando usted visite el granero para extasiarse ante mis cuadros, señora. Ha sido un gran placer conocerla. Y una sola advertencia. Olvídense por completo de Roger Vanel. Juega muy bien al fútbol y si le atropellaran, incumpliría mi contrato. Adiós.

En el Petanque, Bebert Plessis, en compañía de Dedé y Marc Vanel, esperaban con impaciencia que hablase el recién llegado.

—Tenía sed. Allí en el notario no tenían más que repugnante agua. Todo sobre ruedas. En este sobre, tus veinte mil de intermediario, Nib. Si te aburres, puedes asociarte con nosotros, que vamos al Senegal a comprar un motovelero.

Marc Vanel miró a Dedé, suspiró, y dijo:

—Voy con vosotros. Guarda los veinte mil. Entre hombres hay confianza, pero, ahora necesito saber por qué si pediste cincuenta, luego subiste la tarifa.

—Si te ofrecen calcetines no aceptas calzoncillos, ¿verdad? Ella te dijo que eran cartitas volcánicas que la desacreditarían en la sociedad que frecuenta. ¡Narices! Se trataba de que la buena señora despachó a un inocente y Burns que la ayudó, se quería guardar las espaldas. Pero yo no soy de la policía, ¿no? Yo he vendido la casa de los Plessis y mis cuadros. Y ahora mismo cogemos el barco italiano.

—¿Ahora, precisamente ahora? —inquirió Vanel extrañado.

—Atiende, Nib. Yo soy el capitán de ahora en adelante. ¿Has oído hablar de forenses? Son tipos que determinan la hora en que muere violentamente alguien. Supón que esta noche muere alguien de una puñalada, tiro o lo que sea. Si nosotros estamos navegando desde ahora, mal podremos ser nosotros los autores de tal escabechina. A bordo ya te explicaré con más detalle. Cogemos el italiano, y luego el brasileño, cambiando en Tánger, y después a envejecer honestamente. Cuentas con mi paternal bendición si Dedé te acepta por marido.

A las doce y media, Roger Vanel recibía una llamada telefónica. Escuchó intrigado el breve mensaje:

—Huye como la peste de la americana Vandorf. Morirías si te casases con ella.

—¿Quién habla?

—Un hincha.

Y colgaron.

Satisfecho, Joseph Plessis fue a reunirse con sus hermanos y su futuro cuñado, a bordo del barco italiano que tocaba ya el tercer sirenazo.

Para siempre jamás, Jo Plessis afirmaría muy convencido que

fueron sus veintidós cuadros el origen de la fortuna de los Plessis y de su cuñado Marc, alias Nibdetif.

## CAPÍTULO VIII

Milton Burns sentía hambre y sed. Desde hora temprana por la mañana, estaba a solas, atado en el granero.

Era ya de noche, y pese a haber llamado repetidamente, taconeando el suelo, nadie había acudido.

Oyó pasos subiendo las escaleras. Era un taconeo. Posiblemente, Dedé. Se abrió la puerta y encendió la luz una mano femenina.

Burns, atado contra la pared, sentado, arqueó las cejas sorprendido.

Myriam Vandorf miró alrededor, hasta encontrar un taburete plegable que atrajo para sentarse, frente al maniatado Burns.

—Buenas noches, Myriam.

—Puedes envanecerte de haber conseguido de mí lo que ningún hombre logró jamás. Hacer que piense constantemente en ti.

—Has sido desleal, Myriam, y estuviste a punto de comprometer el resultado de nuestro segundo negocio.

—Roger Vanel adora a su novia Mireya, y me considera una yanqui bonita, sin más. He venido a leerte una carta muy interesante, Milton. Una carta, maligna, embustera, más propia de una mujer que de un hombre. Una carta que con tu vida constituyen los dos únicos puntos de relación con lo sucedido en Miami, y la pesadilla en que luego convertiste mi vida.

Extrajo ella del bolso el documento rescatado por Jo Plessis.

—No es preciso que la leas, Myriam. Comprenderás que, puesto que yo la escribí, conozco bien su contenido.

—Tu cinismo, ahora, no me hace mella.

—Cuídate, Myriam. Tienes la mirada extraviada. Tal vez convendría que te sometieses a un tratamiento de reposo.

—Después, cuando termine contigo. Ahora disponemos de la noche entera. Esta casa es mía, con aquellos cuadros, la lancha y cuánto hay entre sus límites. Escucha, Milton... Y empezó a leer:

«Si antes de terminar este año, muero de forma poco natural, acuso a Myriam Vandorf, y expongo los motivos por los que ella me ha eliminado.

»Hay testigos molestos.

»En Miami, conocí por vez primera a Myriam Vandorf, cuando entrando en una de las casetas de la playa oriental, volvió a salir transformada en una mujer ampulosa de formas, de cabello caoba y cambiando su rostro gracias a un experto maquillaje. La seguí.

»La vi entrar en la joyería Simpson.

»Por la tarde efectuó una visita al doctor Brooks, saliendo al poco rato hacia el hipódromo de Hialeah, donde pignoró parte del fruto de su ingenioso timo, regresando a la caseta de la playa, donde volvió a convertirse en Myriam Vandorf.

»Siendo como fui, un artífice del vivir a costa de los incautos, sentí admiración hacia el sistema de Myriam Vandorf, y así se lo manifesté, tomando el mismo avión que ella, hacia Suiza.

»Nunca he reconocido maestros, pero debo admitir que Myriam tiene un talento excepcional. Me sugirió que consiguiera que el jugador de fútbol, Giano Gruber, se asegurase por una fuerte suma.

»Ella lo enamoró casándose con él. Cuando ella me lo indicó, yo atropellé a Giano Gruber.

Se detuvo Myriam, que temblaba convulsivamente, próxima a un ataque de nervios. Trató de dominarse y al lograrlo, prosiguió:

»Fueron cuatrocientos mil dólares, la mitad de los cuales, hubiesen bastado para que ella volviera a Nueva York.

»Pero es codiciosa. Estimó que en la Costa Azul podía yo proporcionarle otro candidato a marido condenado a morir prontamente, elegido entre los futbolistas, los cuales, ahora, con este seguro, se convirtieron en joyas muy estimables para una mujer sin escrúpulos.

»Conozco la psicología de Myriam Vandorf. No se

*detendrá ante nada, con tal de no dejar de ser la aristócrata Vandorf. Yo soy su único testigo molesto, y aunque sé velar por mis intereses, es posible que ella encuentre el medio de eliminar un testigo molesto, de su carrera criminal que empezó con un ingenioso timo en Miami.*

*»Deseo, pues, que al menos, mi muerte no quede impune.*

*Milton Burns».*

Myriam encendió con manos torpes un cigarrillo.

Burns rogó:

—Podías darme un pitillo, Myriam. Llevo dos días sin fumar.

Myriam rió suavemente, inclinándose.

Se quitó de los labios el cigarrillo ofreciéndoselo.

Cuando Burns iba a cerrar ávidamente sus labios en rededor de la boquilla del filtro, ella dio vuelta al cigarrillo.

Emitió Burns un agudo chillido.

El punto rojo había abrasado la sensible comisura de sus labios.

El olor a carne quemada dominó unos instantes en el ambiente, mientras ella volvía a colocarse el cigarrillo en la boca.

Aspiró con deleite.

Burns mantenía los ojos cerrados, y su frente brillaba humedecida de fríos sudores.

—Valiéndote de mi temor a ir a la cárcel, cometiste conmigo la vileza de hacerme cómplice inconsciente del crimen más abyecto. Pero ahora nadie me creería. Solamente tú y yo sabemos que fui tu juguete. Me casé con el pobre Giano, creyendo que tu ingenio hallaría un medio para librarme de él. Te obedecía, sin saber que eras un cobarde criminal. No contento con explotar mi temor, has escrito esta páfida acusación.

—Como has quemado mis labios —dijo dificultosamente Burns, siempre con los ojos cerrados—, puedes ahora quemar la carta.

—Pero tu mano escribiría otra. Vas a morir. ¡Oh, sí, también accidentalmente, querido! Como Giano. Tú me enseñaste el medio. Te voy a explicar lo que haré contigo. Soy mejor que tú, que nada me dijiste hasta atropellar a Giano.

—Te cogerán, Myriam. No seas necia. Estás sobreexcitada.

—Calla.

Sólo una palabra.

Pero aproximando la punta encendida del cigarrillo.

Burns se adhirió contra la pared, tratando de alejar su piel de la diminuta brasa.

—Ahora soy yo quien dispone de ti, Milton. Irás a la lancha, atado. Te arrastraré hasta ella. La noche es propicia a los paseos románticos. Pero tú llevarás una piedra al cuello y otra en las piernas, y cuando yo abra una vía de agua en la lancha, tú te irás al fondo, y yo volveré a nado. ¿Qué te parece, maestro? Acepto sugerencias. ¿Hay algún fallo?

—Si desaparezco, sabrá relacionar mi desaparición contigo, el que ahora es nuestro jefe.

—Invento tuyo.

—Ni mucho menos. Es un financiero muy relacionado en esta costa.

—A mí, tú ya no me engañas más.

—Vete con cuidado, Myriam, porque Mirkos Dupont es implacable.

—¿Qué tiene que ver Mirkos Dupont con nosotros?

—Roger Vanel es soldado de oficinas en Estado Mayor. Y Mirkos Dupont es el que pagaría bien los planos que tú le indicarías a Roger que...

Atajó ella:

—Todo esto ya no me importa nada. Sólo verte agonizar es lo que me obsesiona.

—Puedo escribir una declaración de la verdad, Myriam. Confesaré que nada supiste de la muerte de Giano Gruber, que yo te obligaba a hacer lo que hiciste, que fue simplemente enamorarle.

—Es tarde ya. Y de todos modos, lo que quiero evitar es que tú puedas nunca más hacer daño a nadie, ni suprimir a muchachos nobles como Giano.

Volvió a chillar Burns porque contra su boca se aplastó la colilla.

Myriam removiò hasta apagar, como si se tratase de un cenicero.

Se puso en pie, contemplando al individuo que se había desvanecido bajo el agudo sufrimiento.

Nada había en aquellos momentos en Myriam de la refinada y

culta joven de la buena sociedad neoyorquina, mientras inclinada sobre el yacente, pasaba bajo sus sobacos una gruesa soga.

Hizo un lazo tras el cuello.

Se incorporó, trémula, dilatados los ojos, porque a su espalda una voz afectuosa, casi apenada, decía:

—Burns pertenece a la ley pública, Myriam.

Revolvióse ella, crispadas las finas facciones, para enfrentarse con Tony Jackson, el cual prestamente le arrebató el bolso que ella se disponía a abrir.

La mantuvo unos instantes contra sí para apaciguarla.

—Evitaré que cometas un crimen, porque matar a quien sea, a sangre fría, es usurpar el privilegio del tribunal humano.

La sorpresa de la aparición de Jackson agotó los nervios de Myriam que, desmadejada, se desplomó en un sillón de mimbre.

Jackson quitó del bolso la pistola y la carta escrita por Burns.

—Tu primer error, Myriam, fue querer vivir contra el código moral. Pero cuando Burns descubrió tu paso en falso, debiste acudir a la justicia.

—¡Yo no intervine para nada en la muerte de Giano!

—Si te hubieras entregado, te hubiesen creído. Ahora será más difícil, aunque trataré de declarar en tu favor. Además, felizmente, y aunque no creyese en su utilidad, llevaba siempre encima la minigrabadora. En ella consta la verdad declarada por este sujeto. De todos modos, tendrás que sufrir las consecuencias de tu acto. Una condena breve, y después lograrás olvidar.

—¿Crees posible que logre algún día olvidar?

—Sí, mujer. Iremos a la Interpol, declararemos, y esta pesadilla se esfumará.

—¿Cómo se te ocurrió venir hasta aquí?

—Yo te seguí, porque tenía la convicción de que en tu desesperado estado de ánimo, preparaban algo que te convertiría irremediabilmente en fuera de la ley. Pero hay algo infalible, muchacha. Donde la ley no llega, la conciencia castiga por sí misma.

Murmuró ella:

—Así es. He sufrido un constante tormento. Casi... casi me alivia la idea de que ahora podré volver a normalizarme, cuando haya cumplido el castigo que me merezco.

Milton Burns, un jueves por la madrugada, dio sus últimos pasos definitivos.

Fue a sentarse en la cámara de gas.

Cada jueves y domingo, Tony Jackson en el locutorio de la cárcel de mujeres sentíase muy satisfecho de sí mismo.

Sus visitas iban devolviendo lentamente la fe en la humana cordialidad a Myriam.

Más que cordialidad, ya entre ellos existía una mutua atracción.

Y cuando faltaban exactamente cincuenta y cinco días para que Myriam regresase a la normal libertad, dijo Tony Jackson:

—Ya no escribo novelas policíacas. Prefiero las de amor y aventuras, románticas. Por cierto... He pensado que sería un final dichoso para mí que empezases a mirarme como un posible aspirante a marido.

Sonrió ella tenuemente.

La declaración en un elocuente escritor, resultaba torpe.

Pero infinitamente deliciosa.

Y murmuró:

—Es un final maravilloso, Tony.

FIN





Las mejores obras de:  
**"SUSPENSE", ESPIONAJE  
Y POLICIACAS**  
escritas por los mejores  
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos  
colecciones son prueba evidente  
del favor que el público dispen-  
sa a nuestras series populares



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

**PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.**

Impreso en España

